

La Fragua

en la vida cotidiana

SPIRITUS DOMINI

Tiempo Ordinario IV

7

EN CONGREGACIÓN
MISIONERA

SPIRITUS DOMINI - 2014

La flecha forjada en el yunque

no se guarda en un museo. Su destino es ser lanzada, aunque se melle con el paso del tiempo. Estamos llamados a ser flechas misioneras: "Nuestra vocación especial en el Pueblo de Dios es el ministerio de la palabra, con el que comunicamos a los hombres el misterio íntegro de Cristo. En efecto, hemos sido enviados a anunciar la muerte y resurrección del Señor, hasta que vuelva, a fin de que todos los hombres se salven por la fe" (CC 46).

OBJETIVO GENERAL

Ayudar a las personas, comunidades y organismos a tomar conciencia del momento que vivimos, reavivar la experiencia del Fuego y crecer en ardor misionero, siguiendo la metodología de la Fragua.



OBJETIVOS

- Pasar de actitudes pasivas a actitudes creativas.
 - Crecer en la experiencia del Espíritu que nos unge para ser ministros de la Palabra en la misión profética de la Iglesia.
 - Profundizar en la dimensión cordimariana de nuestra espiritualidad misionera.
 - Personalizar el significado de nuestra pertenencia a la Congregación hoy y valorar su diversidad carismática y su misión universal.
 - Recapitular la experiencia vivida a lo largo del proyecto de la Fragua para seguir progresando en la vida misionera.

CUADERNOS

1. El Espíritu del Señor está sobre nosotros (Adviento-Navidad)
2. Nos ha ungido para evangelizar (Tiempo Ordinario I)
3. En el "hoy" del mundo y de la Iglesia (Cuaresma)
4. Como hijos del Inmaculado Corazón de María (Pascua)
5. Servidores de la Palabra en la Iglesia (Tiempo Ordinario II)
6. Al estilo de Claret (Tiempo Ordinario III)
7. En congregación misionera (Tiempo Ordinario IV)
8. Abiertos a todo el mundo (Tiempo Ordinario V)
9. Progresando en la vida misionera (Tiempo Ordinario VI)

contenidos



4 Introducción



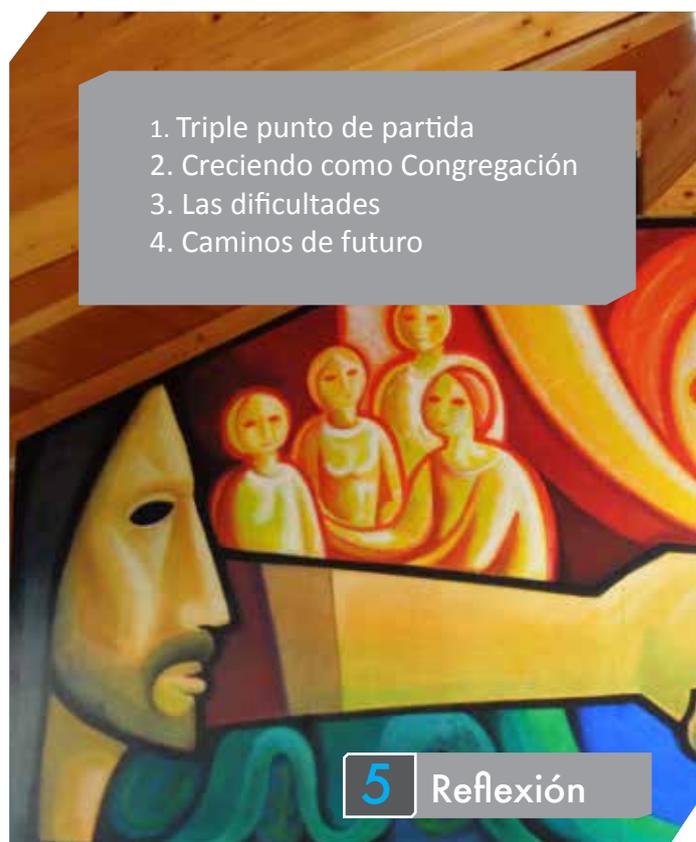
14 Sugerencias para la reunión comunitaria



16 Pistas para la Lectio Divina



24 Textos para profundizar



1. Triple punto de partida
2. Creciendo como Congregación
3. Las dificultades
4. Caminos de futuro

5 Reflexión

1. Introducción

Hace menos de dos meses que hemos celebrado el 165 aniversario de la fundación de la Congregación. Dentro de la etapa *Spiritus Domini* volvemos sobre un aspecto de nuestra identidad claretiana que hemos abordado desde diversos ángulos en otras etapas del camino Fragua. Para nosotros, la experiencia del Espíritu que nos unge no es un acontecimiento privado: **hemos sido llamados "en Congregación"**.

La Congregación de los Misioneros Claretianos surgió como fruto de una respuesta generosa a la llamada de Dios. Seis sacerdotes de la diócesis de Vic dejaron sus familias para formar otro tipo de familia, sus casas para vivir en una nueva casa, sus parroquias para ir por todo el mundo, el ambiente en que se movían para situarse en un horizonte más amplio. En definitiva, lo dejaron todo para seguir, amar y servir a Jesucristo, compartiendo vida y misión como los apóstoles, en una comunidad misionera y apostólica, totalmente entregada al anuncio del Evangelio y al servicio de la Iglesia.

En esta respuesta del primer grupo de Hijos del Corazón de María está el germen de cada comunidad claretiana. La humildad de los inicios contrasta con la grandeza del compromiso asumido. No fue fácil llegar a ser Congregación; no bastó con reunirse santamente en unos Ejercicios Espirituales y acto seguido ponerse a vivir juntos intentando aunar voluntades. El camino fue arduo. En todo caso, desde el principio se compartía un gran ideal y se albergaba el deseo de llegar a ser un cuerpo apostólico consolidado. La vida y el trabajo cotidiano fueron como una escuela, donde día a día se fue dibujando un punto de encuentro entre la llamada personal y el proyecto común, entre las posibilidades y los deseos, entre las fuerzas disgregadoras y el esfuerzo de la comunión, entre una pastoral de mantenimiento y una evangelización profética.



2. Reflexión

El resultado es conocido por todos: con la guía del Espíritu Santo, la conciencia de ser ungidos y enviados -y de estar convocados para formar una congregación misionera- hizo, en un primer momento, que se sobrepasaran los límites diocesanos y se superaran pruebas duras; en segundo lugar, que se tejiera una tupida red de relaciones y se adquiriera una personalidad propia; después, que se aceptaran compromisos por todo el mundo, algunos de ellos de extrema dificultad; más tarde, que se avanzara sin miedo hacia la universalización de mentalidades y estructuras; hasta llegar a un presente prometedor, donde a diario se identifican rostros y sensibilidades diferentes, donde el discernimiento es tarea común, donde no se pierde de vista el horizonte de la misión universal, donde el hecho de ser familia evangelizadora es un don vivo del Espíritu.

En este **Cuaderno 7**, vamos a profundizar en la dinámica mediante la cual el Espíritu Santo nos hizo comunidad congregacional y nos hace llegar a serlo día tras día. Hoy somos un grupo muy plural y extendido. Cada uno es invitado a revivir del don vocacional que le convierte en miembro activo de este cuerpo apostólico. Todos juntos avanzamos sobre los hombros de los gigantes y ya tenemos mucho camino recorrido; aun así, el desafío de formar una familia misionera sigue presente. Estas páginas pretenden ayudarnos a reavivar en nuestras vidas la conciencia congregacional.

El punto de partida serán nuestros orígenes; hablaremos después de nuestra historia cargada de logros y teñida de fracasos; tocaremos finalmente nuestra realidad que sigue siendo una respuesta a la llamada de Dios a ser Congregación misionera aquí y ahora.

2.1. Triple punto de partida

1) El don del Espíritu: el icono del cenáculo

Un gran fresco de Pentecostés preside el ábside de la capilla de la Curia General; representa el momento en que los apóstoles, reunidos en el Cenáculo, reciben el Espíritu Santo. En el centro del mural está María que perseveraba unánime en la oración con los creyentes (cf. Hch 1, 14). El libro de los Hechos (cf. 2, 1-41) cuenta que, tras la efusión del Espíritu Santo, los seguidores de Jesús vencieron el miedo, abrieron su corazón a la Palabra y fueron habilitados para ir por todo el mundo anunciando el Evangelio, comenzando por Jerusalén. Acto seguido, el texto nos habla de la vida de esta primera comunidad: oración, fracción del pan, todos los bienes en común y acogida fraterna de nuevos miembros (Hch 2, 42-47).

¿Por qué motivo se pintó precisamente este mural en la capilla de nuestra Curia General? Es fácil identificar en esta descripción de la primera comunidad cristiana el propósito de Claret al fundar una congregación misionera. Un intercambio epistolar entre nuestro fundador y el P. Clotet del año 1861 da fe de la importancia que el santo daba al episodio de Pentecostés. Claret aplica a la Congregación este acontecimiento nuclear de la Iglesia primitiva. **Contempla a los primeros misioneros como discípulos de Cristo reunidos en el Cenáculo, preparándose con María para recibir el don del Espíritu;** en pocas palabras: formándose apostólicamente en la Fragua de su corazón. María es la Madre y la Maestra de la comunidad apostólica. Ella se pone en pie y da el primer paso invitando a los miembros del grupo a levantarse: ella anima a los discípulos a la Evangelización. Ella les pone en relación directa y cordial con los hombres necesitados de la Palabra divina.

Nuestro nombre no es un enunciado devocional, sino la expresión de nuestra identidad profunda; una marca espiritual que nos hace conscientes del don recibido desde el Espíritu, con María y en comunidad, superando los temores y poniéndonos al servicio del Reino.

2) Hacer con otros

En los últimos años hemos repetido esta frase del fundador aplicándola a la Misión Compartida. Sin embargo, la expresión en su origen se refería a los primeros miembros de la Congregación de Misioneros. El Fundador, contrariado por su nombramiento episcopal, pide al Nuncio que reconsidere la decisión de enviarle a Cuba porque, tras fundar una Congregación de misioneros, estaba a punto de cumplirse su deseo de hacer con otros lo que él solo no podía.

Veamos brevemente el proceso del santo. Claret emprende su tarea de misionero apostólico en solitario, recorre en soledad muchos caminos de Cataluña y Canarias; va de un lado a otro, imita a Jesús, quiere anunciar su Reino, entra en contacto con todo tipo de gente, siente la necesidad de acercarse a los

más sencillos para ponerles en contacto con la Palabra de Dios, está verdaderamente preocupado por la propia salvación y la de su prójimo. Trabaja sin cesar y en medio de esta actividad evangelizadora experimenta una doble conversión: la conversión a la colaboración y la conversión a la comunidad:

- **Conversión a la colaboración:** Como esforzado colaborador del Obispo de Vic, Claret vivió su tarea apostólica con la clara conciencia de participar en la misión eclesial, pero en un principio no sintió la necesidad de expresar en su modo de actuar el hecho de la colaboración. ¿Cómo y por qué va cambiando? El contacto con la realidad, la imposibilidad de llegar a todos los lugares, la conciencia progresiva de la diversidad de las carencias pastorales, el deseo de cualificar su tarea... le hicieron caer en la cuenta de la importancia de unir fuerzas, de la urgencia de buscar compañeros y de la oportunidad de promover empresas más ambiciosas al lado de otros sacerdotes. Poco a poco, la colaboración en la misión deja de ser solo una actitud que le pone en comunión con toda la Iglesia, para concretarse en proyectos concretos asumidos por un grupo de evangelizadores.
- **Conversión a la comunidad:** Claret toma conciencia, en un momento dado, de que el seguimiento del Cristo evangelizador no es completo si no incluye visiblemente el método evangelizador de Jesús: les llamó para que lo acompañaran y para enviarlos a predicar (cf. Mc 3,14). El acompañar al Señor Jesús implica la vida común, en cuanto lugar donde se hace visible la acción de Dios (*Digitus Dei est hic*: Aut 609). Hoy decimos que la comunidad de evangelizadores por sí misma también es un instrumento evangelizador, en cuanto espacio significativo y testimonial. En la descripción del grupo de Cuba, Claret hace notar lo mismo: "Nuestra casa era como una colmena (...) Todos siempre contentos y alegres. Los forasteros quedaban asombrados de lo que veían y alababan a Dios" (Aut. 608). La labor pastoral de cada uno nace de la comunidad y confluye en ella; todos juntos evangelizan más allá de las tareas individuales.

En la convergencia de estas dos conversiones hay un paso evidente del yo al nosotros; y justo ahí se sitúa el origen de nuestra Congregación misionera: como **lugar de vida** (comunidad de hermanos) y **centro de misión** (colaboradores en el anuncio de la Palabra). La Congregación, como recuerda el Capítulo de 1979, es la encarnación y realización existencial del carisma fundacional de Claret; y así en el primer grupo Vic se propone y sigue "estrictamente una vida perfectamente común, trabajando todos en el sagrado ministerio" (cf. Aut 491).

3) "El Señor me dijo a mí y a todos estos compañeros míos" (Aut 687)

El "hacer con otros" es fundamental pero no basta. Claret va más allá: hasta llegar al "ser con otros". **La verdadera comunión congregacional no consiste en hacer todos más o menos lo mismo, sino en vivir la dinámica de estar unidos en lo profundo y ser miembros del mismo cuerpo.** Claret adquirió también esta conciencia. Para caer en la cuenta de este hecho, merece la pena recordar el n° 687 de la Autobiografía que ya ha sido citado en cuadernos anteriores. En este texto el santo relata una experiencia espiritual profunda, que incluye en el capítulo titulado "Las cosas notables que me han dado a conocer Dios y la Santísima Virgen María". Así dice el Fundador: "El Señor me dijo a mí y a todos estos mi-



sioneros compañeros míos: No seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre, y de vuestra Madre, hablará a través de vosotros (Mt 10,20). Por manera que cada uno de nosotros podrá decir: el Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres, para sanar a los corazones desgarrados (Lc 4,18).” Al hablar de la llamada para ir a predicar, dejando la parroquia de Sallent (en 1839), Claret había aplicado este versículo del profeta Isaías a título individual (cf. Aut 118). Diez años después de fundar la Congregación, en 1859, tras la experiencia de Cuba, mucho más maduro humana y eclesialmente, **siente que este don espiritual que le ha hecho ser lo que es no se ciñe a su persona, sino que como todos los dones del Espíritu es para la edificación y el bien común.** Es el don de ser uno (cf. Jn 17,21), como Cristo con el Padre, para que el mundo crea. La con-

ciencia de compartir

proyecto nuevo. Un verdadero misionero no vive la relación con la misión a título individual, intimista o solitario. Ser llamado a la misión exige primero dejar que el Espíritu hable en y por cada uno nosotros; y después que, unidos a los hermanos, se vivan las actitudes de servicio, solidaridad, cercanía, perdón y reciprocidad; anunciando siempre el Evangelio en santidad y justicia (cf. Lc 2,75).

Ejercicio 1: Serás una Congregación ...

Para el trabajo y la reflexión personal

Diez invitaciones a la Congregación para revivir la Gracia de Pentecostés

(Paráfrasis de un texto del Cardenal Carlo M. Martini)

1. Serás una Congregación misionera **llena de fe**, nutrida de la fe de toda la Iglesia, y harás que tu corazón y toda tu vida se adhieran incondicionalmente al Dios vivo que nos ha hablado en Jesucristo. Cultivarás la rectitud de intención y estarás alegre en la aflicción y predispuesta a la misericordia para con los lejanos y con los próximos.
2. Te **someterás a la Palabra de Dios** en la oración interior y en la comunión con toda la Iglesia, a fin de ser una comunidad rica en conocimiento espiritual, capaz de proponer caminos de síntesis en medio de la fragmentación y confusión de nuestro tiempo.
3. Serás una Congregación **capaz de crecer en la ciencia de la fe** y de alimentarte de maestros sólidos, que sean voz de la sinfonía de la verdad que ilumina y salva, tal como está presente en la variedad y riqueza de testimonios producidos en la comunión de toda la Iglesia y a través de la historia de tus hermanos misioneros de ayer y hoy.
4. Serás una Congregación **dócil al don de consejo**, respetuosa de los caminos personales de maduración espiritual y dispuesta a ayudar a cada persona a vivir en libertad la propia vocación bajo la acción del Consolador y bajo la guía de personas espiritualmente sabias e interiormente libres. Serás en la Congregación un misionero que pide a diario el don del discernimiento, que escucha a Dios y a sus hermanos.
5. Serás una Congregación **viva en la esperanza**, capaz de testimoniar siempre a todos la desmesura de las promesas de Dios, que nos libera de todo cautiverio de los males presentes y del miedo a la muerte y que nos hace mirar hacia adelante con confianza, con distanciamiento de los bienes terrenos y del dinero y con una certeza más fuerte que todo fracaso, persecución o derrota.
6. Serás una Congregación **que viva bajo la mirada de Dios**, deseosa de agradarle en todo a El solo y, por tanto, vigilante y activa en el temor de su santo nombre, libre de cálculos y valoraciones meramente mundanas. Una Congregación unida en torno a un mismo Espíritu y a un ideal común.
7. Serás una Congregación **fuerte en la esperanza**, perseverante en el camino que Dios te ha trazado y que la Iglesia te ha confirmado. Libre, valiente y animosa en la fidelidad y en el testimonio, aunque el precio sea excesivo. Liberadora para todos tus miembros y para cuantos se relacionan contigo, en el don de la libertad verdadera, que es la que viene del Señor.
8. Serás una Congregación **viva y activa en la caridad apostólica**, abierta, capaz de gestos concretos de reconciliación, acogedora y generosa con todos los hermanos y hermanas en la fe, aunque sean distintos de ti; dispuesta a hacer espacio al otro, sea quien sea y venga de donde venga, para recibirlo con respeto y amor y ofrecerle con gratuidad el don que Dios te ha hecho a ti. Perdonarás con largueza y con gozo y trabajarás con todas tus fuerzas por la pacificación de los corazones.
9. Serás una Congregación **rica en piedad**, enamorada de Dios y deseosa de responder a su amor con un amor humilde, pero lleno de ternura, apasionado y dispuesto a acompañarle en sus dolores y alegrías en cada momento.
10. Serás una Congregación **rica en sabiduría espiritual**, capaz de medirlo y vivirlo todo bajo el primado de la caridad que viene de Dios y nos hace partícipes de su vida. Abrirás camino a Dios y a su amor infinito, para así abrirte camino a ti misma en este mundo.

2.2. Creciendo como Congregación

En este segundo momento, evocamos tres momentos de nuestra historia. Estas tres referencias ni contienen, ni agotan toda la trayectoria de nuestro ser congregacional. Son solo tres conceptos que han expresado de manera complementaria la voluntad de ser Congregación misionera a lo largo del tiempo. Cada modelo se sitúa en una época diferente y responde a ella. Hoy forman parte de nuestro patrimonio y, de una manera u otra, son puntos de referencia a la hora de entendernos como Congregación.

1) La comunidad de salvación

“El Señor agregaba al grupo de los creyentes a los que se iban salvando” (Hch 2,47)

El tema de la salvación tuvo un gran peso en la vida personal y apostólica del Padre Claret. No era el único que se movía en esas coordenadas. Desde la reforma protestante del siglo XVI, las diferentes confesiones cristianas se presentaban como comunidades exclusivas de salvación, haciendo depender la suerte eterna de los fieles de la pertenencia a un grupo concreto. Aún hoy, las iglesias pentecostales insisten fuertemente en este aspecto.

El Fundador describe gráficamente en los relatos sobre su infancia la angustia y el vértigo que le producía pensar en un futuro de penas sin fin (siempre, siempre, siempre... Aut 8). Pero Claret no plantea el problema de la eternidad a título individual, sino que se siente motivado -desde su corazón compasivo- a trabajar para que los hombres conozcan, amen, sirvan y alaben a Dios: en una palabra, para que se salven. Al fundar la Congregación piensa sin duda en crear un grupo de misioneros que se salven (se santifiquen) y, ejerciendo la caridad apostólica (buscando la Gloria de Dios), trabajen por la salvación de sus prójimos (cf. CC 2). La misma inquietud manifiesta el P. Xifré en su obra “Espíritu de la Congregación”, dejando claro el carácter de la Congregación como comunidad de elegidos por Dios para ser misioneros, es decir, “instrumentos válidos de la Divina Palabra que Dios dio para salvar a los hombres”.

La tradición en este aspecto es firme: para ser Congregación misionera hay que ser santos, vivir el proyecto de salvación de Dios y, con corazón compasivo, comunicarlo a través de la Palabra divina. Nuestros primeros hermanos consideraban que la observancia religiosa (la perfecta vida común) nos introducía en esta dinámica y garantizaba el fruto apostólico de nuestra misión. Hoy en día nuestro anuncio de la Salvación realizada en Jesucristo se inspira en las palabras del Evangelio de Juan: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn10,10); y cuando queremos dinamizarnos interior-

mente para renovar nuestra vida, nos consideramos hombres que buscan que el amor de Dios arda en sus corazones. Hemos cambiado de lenguaje; aun así, seguimos animados por la misma voluntad.

2) El cuerpo apostólico

“Hemos recibido un mismo Espíritu, a fin de formar un solo cuerpo” (1 Cor 12, 13)

El año 1924, el entonces P. General, Nicolás García, dirigía a todos los miembros de la Congregación una circular titulada “Espíritu Corporativo”. En nuestra familia carismática este aspecto ya había sido subrayado por la Madre Antonia París, que a menudo expresaba la voluntad de formar un gran cuerpo apostólico. En su carta, el P. Nicolás partía de una constatación sociológica: un grupo prospera si sus miembros se ven animados por el mismo espíritu de cuerpo y decae si los individuos sólo actúan movidos por el propio interés o conveniencias.

El sentido de cuerpo se fundamenta en la identificación paulina de la Iglesia con el Cuerpo de Cristo, unido por el mismo Espíritu. Ser Iglesia es ser de Cristo y ello supone formar un solo cuerpo. ¿Cómo se aplica esto a la Congregación? La respuesta primera es clara: **el espíritu de cuerpo, como principio vital, se genera en una Congregación misionera avivando la conciencia de haber recibido el mismo Don de Dios, y se desarrolla en la práctica fiel del seguimiento de Cristo.**

A partir de aquí, ser un cuerpo supone adquirir voluntad de unidad; conlleva integrar las actividades individuales en un esfuerzo común; obliga a desempeñar los trabajos confiados con perspectiva orgánica; motiva para hacer propios los éxitos y las contrariedades del resto de los hermanos; ennoblece, es decir, otorga el honor de formar parte de un gran proyecto. Ser un cuerpo es sentirse familia y trabajar para construirla; es tener ideales y proyectos compartidos, y luchar juntos para llevarlos adelante; es tener en cuenta que todo está ordenado al bien común; es percibir que cada miembro “recibe su parte de gracia, mas esta es para el crecimiento de todo el cuerpo (...) hasta la plenitud conforme al ideal”; es saber que todos participamos de la misma Misión y así nos unimos a Cristo en su Iglesia.

¿Qué pasa si perdemos la conciencia de formar un cuerpo apostólico? Al perder sentido de cuerpo la vocación se debilita (porque es con-vocación); los proyectos se tornan mediocres; el egoísmo deja paso a la desesperanza y a la inacción; el descontento se abre espacio entre nosotros; se corre el peligro de que cada uno se sienta un extraño en la propia casa, es decir, no sea feliz, sufra y haga sufrir; pierden fuerza las obras apostólicas; y, “last, but not least”, “los intereses sagrados de Dios, de las almas y de la Congregación quedan perjudicados”. Es decir, se pone en peligro nuestra colaboración en la misión salvífica.

Habría que hacerse varias preguntas: ¿Por qué nos cuesta tanto adquirir conciencia de cuerpo apostólico y llegar a serlo? ¿Por qué nos dejamos vencer tan fácilmente por los argumentos disgregadores? ¿Por qué nos resulta tan difícil continuar lo que otros comenzaron? ¿No será que anteponeamos nuestros intereses a los de la Misión? ¿No será que no creemos de verdad que el Espíritu habla por boca de nuestros hermanos?

3) El nosotros congregacional

“Nosotros somos testigos de todo lo que hizo”

(Hch 10,39)

“Nosotros que comimos y bebimos con él”

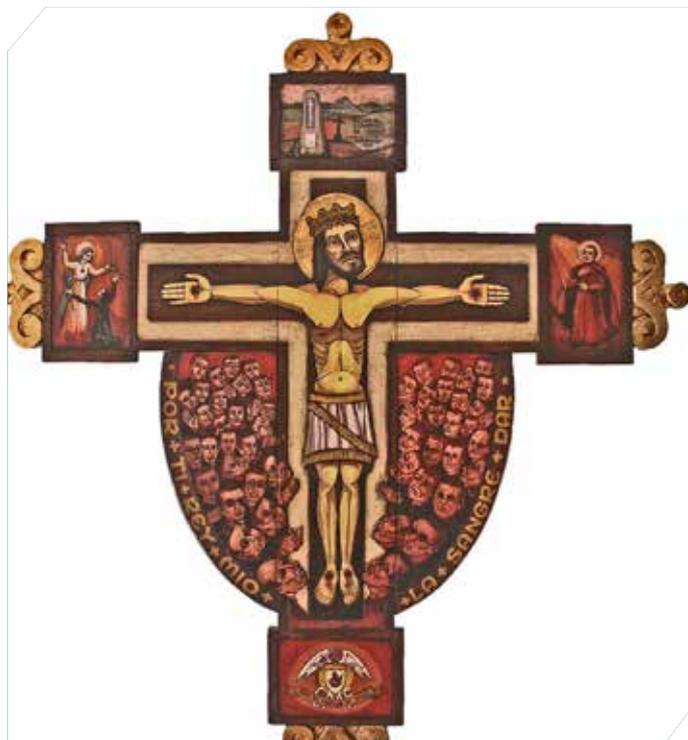
(Hch 10,41)

“Él nos mandó a predicar y a dar testimonio”

(Hch 10,42)

El hecho de que las páginas de este cuaderno estén escritas en primera persona del plural (nosotros) no es una mera casualidad ni una estrategia literaria. En las Constituciones, el pronombre personal más repetido es el “nosotros”. En la carta de octubre del año 2012, nos lo recordaba el P. General: “El Señor convocó a [los primeros clarretianos] a formar una comunidad, en la que experimentaran aquella presencia del Espíritu que une a las personas con vínculos más fuertes que cualquier otro y que encontrarán la motivación y el apoyo necesario para consagrarse a la misión de anunciar el Evangelio. La historia de la Congregación demuestra que cuanto más fuerte ha sido la vivencia del vínculo comunitario, más gozosa ha sido la experiencia vocacional de cada uno y más eficaz la proyección misionera” (NUNC, 493-494). El “nosotros congregacional” es una evidencia escondida, está ahí aunque no siempre la percibamos; es otro de los frutos silenciosos que el Espíritu derrama sobre nosotros.

En la circular “Hacia un renovado compromiso misionero” que nos dirigía el P. Aquilino Bocos en 1994, se dedicaba todo un capítulo a hablar del “nosotros congregacional”. Las afirmaciones eran claras y casi contundentes: “Solo en la comunión del “nosotros” manifiesta su esplendor y sus posibilidades el carisma que compartimos. La fecundidad del ¡nosotros! es una de nuestras mayores responsabilidades. Vivir en estado de congregación (...) nos lleva a no ser independientes, a no actuar como grupos aislados, a no descuidar a quienes deben trabajar solos, a funcionar como un auténtico organismo. No bastan las declaraciones, las palabras, hay que actuar unidos: solo si conjugamos el ¡Nosotros!, se asegura el dinamismo de la comunidad congregacional”. Es fácil sacar algunas conclusiones: 1) Tomar conciencia de este nosotros libera de la servidumbre del propio yo; 2) Salir de uno mismo amplía el ho-



rizonte y conduce a descubrir el verdadero alcance los dones de Dios; 3) La misión queda comprometida si no se toma conciencia de que ha sido confiada a la Iglesia como comunidad, y dentro de ella, a quienes han recibido la llamada de servir al Evangelio, reproduciendo en pequeña escala, la identidad comunitaria-congregacional de la vida cristiana.

Vivir en clave de nosotros implica conjugar sin cesar una serie de verbos que a continuación se enuncian:

- Confiar en la Congregación: creer en ella y así recrearla.
- Cualificarnos porque no podemos ser repetitivos; debemos ser proféticos.
- Construir, hacer Congregación, orando, sufriendo y trabajando por la Gloria de Dios y la salvación de los hombres.
- Hacer creíble con profundidad personal y coherencia vital nuestra vida congregacional.
- Inculturar haciendo del diálogo, la escucha, el dis-

cernimiento y la creatividad apostólica nuestra gran propuesta evangelizadora.

- Ampliar horizontes, sin cerrarnos a lo propio, lo seguro y lo adquirido.
- Colaborar con cuantos buscan la transformación del mundo según el designio divino (cf. CC 46.)
- Intercambiar incesantemente los dones recibidos, y así hacerles fructificar a favor del Reino de Dios.

La cita de los Hechos de los Apóstoles del discurso de Pedro en casa del centurión Cornelio, que encabeza este apartado, nos recordaba los tres ejes del **nosotros** eclesial: el conocimiento de Cristo, la fracción del pan (Eucaristía) y el anuncio del Reino con obras y palabras. El **nosotros** misionero congregacional solo es posible en la fidelidad a la Palabra, en la vivencia de la Eucaristía y en el testimonio del Resucitado. ¿Acaso hay mejor forma de ser y llamarse Hijos del Corazón de María?

Ejercicio 2: Credo de la comunidad congregacional claretiana (P. Aquilino Bocos)

*Creemos en **Dios Padre**, origen y fin de todo bien, que nos ha bendecido y elegido para ser signos e instrumentos de su gloria entre los hombres.*

*Creemos en **Jesucristo nuestro Señor**, enviado por el Padre, hecho hombre de María Virgen y ungido por el Espíritu Santo para evangelizar a los pobres; El, en su infinita benevolencia, ha querido asociarnos a su obra salvadora en este mundo.*

*Creemos en el **Espíritu Santo**, que suscita en la Iglesia diversas formas de seguir a Jesucristo y de anunciar el Reino de Dios. Nosotros acogemos como experiencia de gracia y como proyecto de santificación y apostolado la vida y doctrina de San Antonio María Claret, prototipo y modelo de servidores del Evangelio.*

*Creemos que **María** está en el origen de nuestra comunidad inspirando y alentando la fundación de una Congregación de Misioneros que fuesen y se llamasen Hijos de Corazón de María. En su Corazón de Madre somos configurados con Jesucristo y hechos instrumentos del amor compasivo y misericordioso del Padre para con todos los hombres.*

*Creemos que **nuestra vocación en la Iglesia**, vivida en fraternidad y a ejemplo de María, implica el seguimiento de Cristo virgen, pobre y obediente, y el testimonio inequívoco de que el mundo puede ser transfigurado y ofrecido a Dios mediante el espíritu de las Bienaventuranzas. Tal fue la regla de vida apostólica que el Padre Fundador hizo suya y nos transmitió en las Constituciones.*

*Creemos que **nuestra misión** consiste en prolongar la acción profética de Jesús a través del ministerio de la Palabra. Urgidos, pues, por su caridad sacrificada y compartiendo las angustias y esperanzas de los hombres, particularmente de los pobres, procuramos para ellos la bienaventuranza del Reino ya iniciada en la tierra.*

*Creemos haber sido congregados **en la Iglesia** para colaborar con el Sumo Pontífice y los Obispos en el anuncio de la vida, muerte y resurrección del Señor, hasta que vuelva, a fin de que todos los hombres se salven por la fe en Él. Nos valemos, para ello, de todos los medios posibles, atendiendo a lo más urgente, oportuno y eficaz.*

*Creemos que **Jesús y María seguirán protegiendo a la Congregación**, suscitando vocaciones y dando su Espíritu a los llamados para que, viviendo todos la misma consagración y misión, glorifiquemos al Padre, ofrezcamos el testimonio de comunión eclesial y hagamos más eficaz la acción evangelizadora.*

***Creemos, Señor. Auméntanos la fe.** María Madre nuestra, bienaventurada porque has creído. Haznos partícipes de tu misma bienaventuranza. Amén.*

2.3. Las dificultades

En el tercer momento, subrayaremos algunas dificultades que hay que afrontar en este arduo camino de llegar a ser Congregación misionera. En la introducción se afirmaba que no fue fácil llegar a ser Congregación. Las primeras generaciones de claretianos tuvieron que afrontar problemas de muy diversa índole; hasta cierto punto eran lógicos porque todo organismo nuevo acusa debilidades. Lo importante es que nuestros hermanos supieron salir adelante y continuar esta obra de María y del Espíritu que es nuestra comunidad misionera. **¿Por qué salieron airoso? Sencillamente porque más que mirarse a sí mismos y a las adversidades, abrieron sus vidas a Dios y las situaron en el proyecto divino de salvación.**

Las dificultades de hoy son de otro tipo. Los Capítulos y las asambleas nos han ayudado a identificarlas repetidas veces y no es preciso enumerarlas. No vamos a considerar nuestros fallos desde nosotros mismos, sino viendo cómo influyen en nuestra misión; solo así nos daremos cuenta de su verdadero alcance y, sobre todo, podremos superarlos porque al salir de nuestro círculo personal, subrayaremos más la búsqueda de la Gloria de Dios y el cumplimiento de su voluntad, que las carencias inevitables.

1) Misión profética neutralizada

El ADN de nuestra Congregación tiene una secuencia muy característica, con unos claros perfiles proféticos: el Espíritu y la Palabra, el seguimiento de Jesús ungido por el Espíritu, el corazón fiel y creyente de María, la universalidad de lugares y medios. Como los profetas, somos oyentes y servidores apasionados de la Palabra. Para hacer real nuestra comunión congregacional necesitamos la presencia y la fuerza del Espíritu que habló por los profetas, que nos convoca y conduce a la comunión de los santos, que nos habilita para ser testigos (mártires) de Cristo.

Pero esta misión congregacional profética se ve neutralizada por varios virus que nos atacan a menudo: la idolatría que nos aleja del culto a Dios en espíritu y en verdad (cf. Jn 4, 24); la falta de sentido teologal, la pérdida de sana tensión espiritual; las divisiones, la murmuración, las envidias y sospechas; los individualismos, egocentrismos, provincialismos y la falta de espíritu de colaboración sincera; la pereza a la hora de analizar la realidad y comprometernos con las llamadas de los hermanos más humildes; la tentación de vivir de espaldas al mundo que nos rodea; el descuido de la cordialidad, la ternura y la compasión propias del corazón de María.

Al ser indiferentes ante la profecía, hasta el punto de neutralizarla, nuestros votos pierden radicalidad; se apagan los ideales de superación, entrega y solidaridad. Se amortigua la misión; pierden los pobres y los hermanos. Perdemos nosotros mismos.

2) Misión escatológica sin horizontes

Al anunciar el Evangelio de la salvación y ser testigo de Dios en medio del mundo, nuestra Congregación está invitada a ser signo de los bienes futuros, de la tierra nueva y de los cielos nuevos. Esta es una tarea en la que todos nos comprometemos, acogiendo la llamada del Espíritu a liberar conciencias y estructuras para hacer realidad el Reino de Dios. Tenemos la certeza de que todo está sostenido por Dios y ante las dificultades personales, comunitarias, congregacionales y sociales no perdemos de vista la promesa de Dios. **Bastaría una mirada al amplio plan de Dios para relativizar muchos análisis negativos y descorazonadores en que nos perdemos a menudo.**

Nuestra misión congregacional es entorpecida y anulada cuando no somos capaces de admirar, contemplar, de mirar más allá; cuando no cultivamos el ver profético, que es la mirada profunda y con los ojos del corazón; cuando nos dejamos arrastrar por la rutina y la insensibilidad; cuando nos acomodamos a las corrientes de pensamiento intrascendente, desesperanzado, consumista; cuando damos prioridad a cualquier ideología sobre el mensaje del Evangelio; cuando nos da miedo lo nuevo, nos cerramos a la profundidad y silenciemos la verdad; cuando nos dejamos ganar por la secularización.

Los desafíos de la Congregación son los desafíos de la misión: si no abrimos el ser a la grandeza del plan de Dios y lo ponemos en diálogo con la realidad que nos circunda, perderemos poco a poco identidad y relevancia: seremos sencillamente inauténticos, como la sal que se desvirtúa y para nada sirve (cf. Mt 5,13).

3) Misión apocalíptica sin aguijón ni consolación

La Congregación es heredera del talante apocalíptico con el que Claret ejerce su ministerio de la Palabra (cf. Aut 686). El libro de la Apocalipsis es un libro abierto, que nos permite leer la historia de la Congregación como historia de salvación y de consolación, a la vez que nos ayuda a descubrir cómo es nuestra condición profética y quiénes son los enemigos que nos destruyen. Tenemos a Cristo en el centro: es el Cordero que ha vencido a la muerte. Es el que es, el que era y el que ha de venir (cf. Ap 1, 4), el "alfa y la omega" (Ap 1,8). Recuperar el encuentro con el Espíritu, nos obtiene la seguridad de que el bien triunfa sobre el mal.

En la lectura del Apocalipsis podemos también hoy especificar los malos espíritus, los demonios, que apagan nuestro "gritar la Palabra". **Las cartas del Espíritu a las Iglesias siguen siendo actuales y nos dirigen su palabra de aviso, de aliento, de consolación.** ¿Cuáles serían hoy esos malos espíritus? Enumeremos algunos: Aflojar la lucha contra las fuerzas del anti-Reino; perder sensibilidad y con-

xión con la creación que es obra de Dios; con la historia, que es historia de salvación; con la Iglesia, que es Pueblo de Dios; con la Congregación, que es familia misionera; no conmovernos ante el Reino futuro, la salvación que se acerca; burocratizar nuestra acción pastoral; ser tibios, no trabajar a diario por nuestra conversión; conformarnos con los mínimos; amordazar la Palabra; domesticar las opciones radicales por los pobres, por la fraternidad universal; hacer pactos, aunque sea inconscientemente, con los pecados de nuestro tiempo; dejar de gritar en lo profundo de nuestro corazón: "Ven Señor Jesús".

Quizá alguno pueda pensar que todas estas actitudes son demasiado 'personales e intimistas', que poco o nada tienen que ver con la misión congregacional. **Si la mayor riqueza de la Congregación son las personas, todo se pierde si estas naufragan en la mediocridad, la incompetencia, la tibieza y la falta de tensión espiritual.**

Ejercicio 3: Examen de conciencia

Preguntas del Espíritu a cada comunidad de la Congregación

(Paráfrasis de un texto del Cardenal Carlo M. Martini)

1. ¿Vives intensamente la adhesión al Dios vivo que la Iglesia te ha hecho conocer? ¿Eres una comunidad que escucha con fe la Palabra, que celebra la divina liturgia y que da testimonio del Evangelio del Señor Jesús? ¿Cómo vives las bienaventuranzas de los limpios de corazón, de los afligidos, de los misericordiosos? ¿Cómo vives el conocimiento espiritual? ¿Estás dispuesto a someterte a la Palabra de Dios? ¿Te dejas poner en tela de juicio por ella?
2. ¿Eres una comunidad que se alimenta de la ciencia de la fe? ¿Cuidas la formación catequética y teológica de tus miembros? ¿Estás interesada y preocupada por escuchar a los maestros de teología y de experiencia espiritual que el Espíritu suscita en la Iglesia y que ésta te propone o te recomienda? ¿Te mantienes atenta a los proyectos pastorales?
3. ¿Eres una comunidad en la que el don de consejo se aprecia y se promueve? ¿Se respetan y valoran en tu seno los procesos de maduración personal de las conciencias, aun cuando pudieran causar algunas dificultades al camino común? ¿Animas a tus miembros a la práctica de la dirección espiritual, hecha en lo posible con personas suficientemente libres de la tentación de absolutizar la pertenencia al grupo? ¿Eres consciente de que tu grupo de pertenencia es sólo «un camino», uno de los muchos que hay en la Iglesia, y de que este «camino» sólo es verdaderamente eclesial en la medida en que reconoce que también «otros caminos» son o pueden ser vocaciones de Dios y que sin ellos el plan salvífico, en el hoy de la Iglesia, no está completo?
4. ¿Eres una comunidad rica en esperanza? Ante tantos males del tiempo presente, ¿conservas la capacidad de mirar siempre y en toda circunstancia al horizonte del futuro de Dios para nosotros? ¿Das testimonio de esperanza a cuantos se relacionan contigo? ¿Vives la alegría de los que de verdad esperan en el Señor? ¿Vives la bienaventuranza de los pobres según el Espíritu, la de los hambrientos de justicia, la de los perseguidos?
5. ¿Qué lugar concedes al temor de Dios en tus valoraciones y en tus proyectos? ¿Eres una comunidad que se deja juzgar por el Señor preocupada por agradarle a Él en todo? ¿Respondes a las exigencias del Evangelio y del seguimiento de Cristo o te dejas a veces hechizar por los cálculos del éxito terreno?
6. ¿Eres una comunidad fuerte en la esperanza? ¿Eres constante en tus caminos, perseverante en tu fidelidad a la llamada de Dios? ¿Se puede confiar en ti? ¿Mantienes tu fe en los compromisos asumidos, aunque te cuesten y te exijan verdaderos sacrificios?
7. ¿Eres una comunidad abierta, acogedora y generosa? ¿Respetas las diversidades que se dan en la Iglesia y en tu seno, no sólo de palabra, sino con hechos y de verdad? ¿Eres abierta y acoges a los que de fuera se acercan a ti, especialmente a los que están buscando el Rostro de Dios y desean encontrar a Cristo Jesús? ¿Estás dispuesta a no servirte de la Iglesia, sino a servirla, para que crezca el Reino de Dios, aunque tú tuvieras que desaparecer? ¿Muestras mansedumbre frente a las incomprensiones y las ofensas? ¿Qué servicio prestas a la comprensión y a la paz?
8. Una comunidad de fe, de esperanza y de caridad se deja reconocer, de forma muy particular, por su piedad. ¿Eres una comunidad propensa a adorar y venerar a Dios en cada una de tus opciones? ¿Alimentas en cada uno de tus miembros esa ternura por Dios que es fruto de un gran amor, recibido de lo alto y dado con gratuidad? ¿Das testimonio en este mundo de la urgencia del amor del Señor por encima de todo, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser?
9. ¿Eres una comunidad que vive la sabiduría del amor y la sabiduría de la Cruz? ¿Haces que en todo se haga realidad la primacía de la caridad? ¿Te dejas amar por Dios para ser en cada uno de tus miembros acogedora y generosa en el amor?

2.4. Caminos hacia el futuro

Nuestra Congregación, fundada y animada por el Espíritu, descubre caminos abiertos hacia el futuro en este mundo donde Dios sigue actuando discretamente, por medio de una Iglesia que testifica su presencia. Sabemos que no somos protagonistas sino siervos de la misión: instrumentos, humildes ministros de comunión. Al abrir las ventanas de nuestra Congregación misionera, miramos hacia el horizonte y vemos que la obra de Dios sigue adelante y que hoy nos interpela de muchas maneras. En este último apartado, propondremos algunas interpelaciones de acuerdo con el contenido que hemos ido desarrollando.

1) Centralidad de la experiencia de Dios

“Dios es para mí suficientísimo” afirma el Fundador. Hoy se insiste cada vez más en la dimensión teologal de nuestras vidas. Nuestra historia congregacional es una historia de confianza profunda en Dios, un camino de fe hecho experiencia misionera. Nuestra misión no será tal si no nace de la intensa afirmación de Dios. **Nuestra Congregación desaparecerá si pierde fuerza profética, es decir, si se descentra del camino de Dios.** Recordemos el símil del compás: “[El misionero debe ser como] un compás una de cuyas puntas -el alma- está fija en Jesús que es el centro, mientras la otra -que es el cuerpo- describe el círculo de las obligaciones” (cf. *Propósitos* 1866, 8).

2) Revitalización de la vida fraterna

Desde el principio, nuestra Congregación ha expresado el don de la fraternidad en diversidad de los modos de vida: ministros ordenados, estudiantes, hermanos. Hoy se nos requiere intensificar nuestra fraternidad y, además, dar un paso adelante. Hay palabras que ya no son para nosotros conceptos extraños, sino realidad cotidiana: universalización, multi-interculturalidad, reorganización de estructuras, familia carismática, inter-congregacionalidad, misión compartida. **El carisma hoy nos exige la vivencia de una fraternidad mucho más rica, pero también más compleja, diversificada y desafiante.**

3) Experiencia real de la pobreza

Las opciones de los últimos Capítulos nos han acercado de hecho a los más pobres. Muchos hermanos nuestros sufren a diario en propia carne situa-

ciones de exclusión, de pobreza extrema, de inmenso dolor. Si la tendencia se afirma, a medio plazo, gran parte de la Congregación compartirá de un modo u otro esta misma pobreza. **Tal situación es también un don del Espíritu, porque nos asemeja al modo de vida de Cristo y nace de nuestra configuración misionera con él.** Es una nueva voz del Espíritu, es un don pentecostal que cualificará nuestra identidad de evangelizadores y despertará un nuevo compartir solidario.

4) Intensificar el *sensus ecclesiae*: somos familia eclesial

La Iglesia es nuestra patria espiritual y en ella nuestro carisma encuentra su lugar. No nos entendemos fuera de la comunión eclesial. Dentro de ella formamos una familia carismática que poco a poco va tomando conciencia de este hecho. Se acabaron



los tiempos de las especificidades diferenciadoras, la eclesiología de comunión nos ha dado un nuevo horizonte y va despertando en nosotros el ánimo de colaboración, de trabajo conjunto y fecundo. Nuestro Fundador maduró su vocación al lado de muchas personas (colaboradores, hombres y mujeres consagradas, laicos, etc...). Supo crear una familia y dotarla de un carisma con sentido eclesial. Estamos llamados hoy a recorrer el mismo camino.

5) Necesidad de vivir en “estado de formación”

Los desafíos de la misión no se responden en soledad, ni tampoco con fórmulas repetitivas y prefabricadas. **La oración y el estudio son los dos pies del misionero, afirma nuestra tradición.** La formación es hoy más necesaria que nunca porque no sólo abre nuestra mente, sino también despierta la capacidad de analizar la realidad y mirarla desde el prisma de la Palabra de Dios.

3. Sugerencias para la reunión comunitaria

Los cinco talentos de nuestra Congregacional: "Cinco talentos me diste..." (Mt 25,14-30)

El tema de la Asamblea Comunitaria propuesto para este mes gira en torno a **la parábola de los talentos**. El Señor también ha dado a nuestra Congregación misionera cinco talentos y, como al siervo fiel y cumplidor, nos pide que los hagamos fructificar. El último Capítulo General sugirió cinco llamadas muy concretas, que presentó como novedades. Estos llamados serían como cinco talentos, que el Señor nos ha otorgado para que ahora congregacionalmente los hagamos fructificar.

1. **Saludo** de quien preside o dirige la reunión.
2. **Invocación al Espíritu:** se puede recitar la secuencia de Pentecostés. Antes de orarla, es bueno hacer referencia al icono del Cenáculo (cf. Punto de partida, 1)
3. **Lectura** de la parábola de los talentos: Mt 25, 14-30.
Detenerse brevemente en estas tres expresiones: 1) Llamó a sus criados y les encomendó su hacienda (Mt 25,14). 2) Siervo bueno y fiel (Mt 25, 21.23) - ¡Criado malvado y perezoso (Mt 25,26). 3) A todo el que tiene se le dará y tendrá de sobra (Mt 25, 29).

4. Concreción congregacional

Un nuevo nombre

HAC 34: "Después de la primera profesión añadimos a nuestro nombre la sigla CMF (*Cordis Mariae Filius*) (cf. Dir 25). No es un detalle meramente externo. Expresa que la profesión inaugura en nosotros una

nueva identidad que integra a todas las demás: Ser Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María es para nosotros el modo concreto de ser hombres, cristianos, religiosos, ministros ordenados y apóstoles (cf. CC 4, 159; Dir 24-26; MCH 132). Nuestro nombre carismático expresa la misión a la que hemos sido llamados: ser los "brazos" de la Mujer que sigue derrotando al dragón (cf. Ap 11,19-12,18) mediante la Palabra de Dios de la cual somos oyentes y servidores".

Una nueva familia

HAC 37: "Un Hijo del Inmaculado Corazón de María no sigue a Jesús en solitario sino como miembro de la Congregación, nueva familia carismática suscitada por el Espíritu en la Iglesia (cf. CC 4, 10). Porque somos hijos somos también hermanos, convocados a compartir el mismo proyecto de vida evangélica. La gracia "que nos ha alcanzado y congrega" está llamada a ser "el principio que organice y articule todas nuestras ilusiones, aspiraciones y proyectos" (cf. MCH 126,133). Por eso, aunque vivimos inmersos en una red de pertenencias múltiples (familiares, sociales y eclesiales), nuestra pertenencia a Cristo, expresada en la vocación que compartimos en la Congregación, tiene la primacía sobre todas".

Un nuevo estilo de vida

HAC 43: "En la Definición del Misionero hallamos la verdad del ser humano en su relación con Dios: la salvación se halla en el Dios que nos hace arder. Cuando hacemos nuestra esta verdad, renunciamos a modelos individualistas y autosuficientes de vida y nos abrimos a nuevas formas de relación con Dios y con los demás. En cuanto Misioneros Hijos, el punto de partida de una espiritualidad consistente pasa por conocernos a nosotros mismos, cultivar las bases humanas de nuestra personalidad y desarrollar los propios talentos. Se trata, en definitiva, de "volver a nacer" (cf. Jn 3, 3).

Un nuevo camino

HAC 46: "Jesús es la pasión que nos impulsa (cf. CC 4) y el camino que seguimos. Como Él buscamos la gloria de Dios y la salvación del género humano, orando, trabajando y sufriendo. La oración enciende nuestro amor a Dios y a los hermanos. El trabajo misionero expresa ese amor y lo comunica. El sufrimiento nos acrisola en el mismo fuego de Jesús, nos solidariza con los crucificados de este mundo y nos hace creíbles. Encendernos en la oración como Claret, nos impulsará a trabajar y sufrir por el Evangelio. Centrarnos en estos núcleos a lo largo de todo el itinerario vital y formativo, purifica nuestras motivaciones, nos ilumina en la perplejidad y orienta todo lo que somos y hacemos hacia la mayor gloria de Dios y la salvación de todos".

Un nuevo envío

HAC 47: "Quien ama a Jesús se siente amado por el Padre, irradia y testimonia su amor y da mucho fruto. Nuestro Fundador, arrebatado por el celo apóstolico, "desea y procura... que Dios sea cada vez más conocido, amado y servido" (EE, p. 417; cf. Aut 233). El celo de Claret, fruto de la efusión del Espíritu (cf. Rom 5,5; CC 39-40), no tiene fronteras: su espíritu es "para todo el mundo" (EC I, p. 305). Arder en caridad nos convierte en hombres de fuego para los demás hasta el punto de abrasar por donde pasamos. Así participamos en la misión que viene de Dios. Como Claret, también nosotros podemos decir: "Caritas Christi urget nos" (2 Cor 5,14). Como nuestra Madre, podemos proclamar siempre el Magnificat, porque lo que ha dicho el Señor se cumplirá (cf. Lc 1, 45-55). La misión que se nos encomienda nace, pues, de una experiencia de amor, se nutre cultivándola asiduamente, se expresa en la alabanza y se irradia en el mundo bajo el signo de la misericordia y la cercanía, sobre todo, hacia los empobrecidos y excluidos".

5. Breve compartir

Dios nos ha llamado a ser Congregación, nos ha encomendado el cuidado de su pueblo. Mucho hemos recibido: ¿Cómo lo aprovechamos? ¿Damos fruto o escondemos nuestros dones? Dialoguemos brevemente y comentemos en comunidad si somos o no conscientes de los talentos recibidos. Quizá convenga concluir el diálogo habiendo concretado juntos un 'sexto talento', característico de la comunidad concreta.



4. Pistas para la "Lectio Divina"

Benedicto XVI
Exhortación Apostólica
Verbum Domini
(n. 83)

“Por lo que se refiere a la vida consagrada, el Sínodo ha recordado ante todo que «nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida». En este sentido, el vivir siguiendo a Cristo casto, pobre y obediente, se convierte «en “exegesis” viva de la Palabra de Dios». El Espíritu Santo, en virtud del cual se ha escrito la Biblia, es el mismo que «ha iluminado con luz nueva la Palabra de Dios a los fundadores y fundadoras. De ella ha brotado cada carisma y de ella quiere ser expresión cada regla», dando origen a itinerarios de vida cristiana marcados por la radicalidad evangélica.

Quisiera recordar que la gran tradición monástica ha tenido siempre como elemento constitutivo de su propia espiritualidad la meditación de la Sagrada Escritura, particularmente en la modalidad de la lectio divina. También hoy, las formas antiguas y nuevas de especial consagración están llamadas a ser verdaderas escuelas de vida espiritual, en las que se leen las Escrituras según el Espíritu Santo en la Iglesia, de manera que todo el Pueblo de Dios pueda beneficiarse. El Sínodo, por tanto, recomienda que nunca falte en las comunidades de vida consagrada una formación sólida para la lectura creyente de la Biblia”.

Lunes 1 de septiembre de 2014

- 1 Cor 2,1-15
- Sal 118
- Lc 4,16-20

He aquí -dicen- el texto bíblico más claretiano. Da nombre a esta etapa de la Fragua. Es un discurso programático de nuestra vocación misionera. Y, encima, es un discurso “de gracia”: anunciar buenas noticias a los pobres, la libertad a los presos y oprimidos y proclamar el año favorable del Señor. Jesús se identifica como el Ungido, lleno del Espíritu, consagrado para comunicar tan buenas noticias para los hombres. Y nosotros somos enviados y ungidos misioneros en él; nos dejamos alegrar por el anuncio del Reino y queremos llevarlo a los demás. El Espíritu de nuestro Padre y “de nuestra Madre” está sobre nosotros. Acaso, como Jesús, sintamos el rechazo cuando predicamos un mensaje de gracia. Pero nosotros “tenemos los ojos fijos en él”, y sabemos que, cada día, se cumple esta palabra, se renueva esta gracia para nosotros.

Martes 2 de septiembre de 2014

- 1 Cor 2,10b-16
- Sal 144
- Lc 4,31-37

Cafarnaún se rinde ante el profeta de Nazaret. Todo es asombro y todos resaltan la autoridad con que habla y obra Jesús: “Hablaba con plena autoridad”, “Da órdenes con autoridad”. Libera a un poseo del mal: es la victoria de Jesús sobre las fuerzas del mal. El mismo espíritu impuro lo reconoce: “¿Has venido a destruirnos?”. La fuente de esta autoridad estriba en que, a la vez, predica y libera. Se funden la palabra y la obra: sentía lo que decía y hacía lo que decía. En él todo sonaba a verdadero. Como que Jesús era la verdad. Con él llegaba el Reino de la verdad y del amor. Los misioneros necesitamos credibilidad. Que lo que hacemos y decimos suscite aceptación cordial, aun en nuestras fragilidades. No significa que seamos santos sino que nos abramos a la salvación. Que se vea que es el corazón el que habla, que Dios habla por nosotros. Y, de la misma manera que el que nos envía, sanamos y anunciamos. A la vez.

Miércoles 3 de septiembre de 2014. San Gregorio Magno, papa y doctor de la Iglesia

- 1 Cor 3,1-9
- Sal 32
- Lc 4,38-44

“Tengo que anunciar las buenas noticias del Reino de Dios”. Parece el eslogan de campaña o, mejor, de la vida entera de Jesús misionero. Y lo cumple siempre de igual manera: predicando y curando. Apenas sale de cumplir su deber religioso en la sinagoga, lo vemos sanando a todos. Comienza con la suegra de Simón y acaba, al ponerse el sol, con todos los enfermos, incluidos los endemoniados. Es el signo de que el Reino ha llegado. La descripción de esta jornada de Jesús apunta unos detalles que nos vienen de perillas para nuestra actividad misionera. Primero, la actitud de servicio de la suegra de Simón: el apóstol no se busca a sí mismo sino al que le envió y a aquellos a quienes es enviado. En segundo lugar, caemos en la cuenta de que Jesús imponía las manos sobre cada uno de los enfermos, personalmente: damos importancia a cada uno, es signo de cercanía. Finalmente, sabemos que la misión de Jesús es universal, para todos. No podemos retener a Jesús, apropiarnos de Dios; sería achicar a Dios. Y, por supuesto, un misionero, es itinerante, no queda retenido en ninguna parte. Aunque se sienta muy a gusto.

Jueves 4 de septiembre de 2014

- 1 Cor 3,18-23
- Sal 23
- Lc 5,1-11

La multitud se agolpaba y se apretujaba para oír a Jesús. La pesca era tan grande que rompía las redes. El evangelista Lucas escribe en tiempos en que la Iglesia gozaba de pesca abundante de gentiles y judíos. También lo reflejará en los Hechos. Es una escena vocacional. Jesús toma la iniciativa: “Rema mar adentro, echad las redes”. Luego viene la objeción por parte del hombre: “Si no hemos pescado nada en toda la noche”, “Soy un pecador”. Pero, al fin, triunfa la gracia del Señor: “Desde ahora vas a pescar hombres”. Y, dejándolo todo, le siguieron. Jesús ha empezado a buscar colaboradores. El Papa encaró el tercer milenio de la Iglesia con el mismo imperativo de Jesús: “Rema mar adentro”. Es grito que lleva en sus entrañas audacia y esperanza, llenas de confianza en el Señor. Es que vamos en la misma barca. (Aunque, a veces, parezca que va dormido, como en otra ocasión). Él nos envía, y él nos recrea. Cuando Pedro dice “soy pecador”, Jesús replica “eres pescador de hombres”. Si hacemos las cosas porque lo manda Jesús, en su nombre, nuestra fragilidad no caerá en la tentación del miedo o el desánimo. Acabaremos como Pedro: “Señor, tú sabes que te amo”. Todo comenzó en una frágil barca, en el mar de Galilea.

Viernes, 5 de septiembre de 2014 [P. Mateo Casals y compañeros, mártires: Cal CMF, 321-327]

- 1 Cor 4,1-5
- Sal 36
- Lc 5,33-39

Con Jesús ha llegado ya el Mesías, ha llegado el novio. El ayuno previo a Jesús tenía un sentido de preparación mesiánica. Y Jesús es el novio en el banquete de bodas de la Nueva Alianza. El Reino de Dios es comparado por Jesús con un banquete de bodas. Nosotros somos los invitados al convite, somos los seguidores del novio. Es tiempo de celebrarlo, de alegrarnos, de festejarlo. Cuando se ausente el novio, sólo entonces, será la hora del ayuno y la tristeza. No será violentar las cosas traer aquí, por analogía, lo que los primeros cristianos decían del domingo: “Celebramos el Día del Señor como un día del alegría” (Pedro de Alejandría). “Peca quien en este día está triste” (Didascalía). Y esta alegría no es frivolidad; brota del banquete de la Nueva Alianza lograda con la sangre derramada de Jesús. Acoger a este novio es la novedad radical. Lo expresa Jesús en las imágenes del vestido nuevo y el vino nuevo. No valen meros retoques externos, ligeros remiendos o servirse de odres viejos. Hay que “revestirse de Cristo Jesús”. Llenarse de esta alegría esponsal, de esta novedad pascual, es buen bagaje para un misionero.

Sábado 6 de septiembre 2014

- 1 Cor 4,6b-15
- Sal 144
- Lc 6,1-5

El sábado era una gracia para el pueblo. Vino de la mano de Dios, tras la creación de las cosas que le salieron buenas. Día de descanso, de alegría por la liberación de Egipto, día de la Alianza. Jesús mismo iba cada sábado a la sinagoga a escuchar la palabra y rezar. Lo malo es que el descanso sabático se fue tornando insoportable y ridículo. Llegó a la exageración en nimiedades ridículas como la prohibición de recoger leña ese día; en nuestro caso, la insignificancia de coger unas espigas para matar el hambre. La reacción de Jesús es tajante: se siente libre para interpretar una institución tan sagrada como el sábado, aduce un argumento contundente en el ejemplo de David y acaba con una sentencia rotunda: “El Hijo del hombre tiene autoridad sobre el sábado”. Es triste pensar que la felicidad de las personas, la liberación del trabajo, se convierta en conflicto y tormento. ¿Por qué enfrentar el culto a Dios con el amor al hombre? No podemos debatirnos en una religión seca y formalista. A veces parece que se nos seca el corazón, que vivimos de espaldas a la vida y al dolor de la gente. Frente a un corazón duro, pedimos el corazón misericordioso, como del suyo nos habla nuestro Fundador.

DOMINGO 7 DE SEPTIEMBRE DE 2014. DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

- Ez 33,7-9
- Sal 94
- Rm 13,8-10
- Mt 18,15-20

También en la comunidad primitiva había problemas de convivencia. Y en ese caso, ¿cómo se había de tratar a los hermanos pecadores y conflictivos? En primer lugar, habrá que recurrir a la corrección entre hermanos. Inmediatamente después, apunta el evangelista, aunque no lo recoge el evangelio de hoy, el bálsamo del perdón. En el estilo de corrección evangélica no se dibuja un acto disciplinar sino un acto de benévola acogida del hermano que se extravía. No en vano se acaba de narrar la parábola de la oveja perdida. Sólo el amor y la mansedumbre han de presidir, conforme exhorta hoy la Carta a los Romanos: “El que tiene amor no hace daño al prójimo”. Aunque gradúa la participación de los agentes de la corrección, es grande la importancia que el evangelista da a la comunidad. Jesús está en medio cuando nos reunimos en su nombre; tan en medio que lo que atemos o pidamos en la tierra quedará atado en el cielo o el Padre del cielo nos lo dará. Todos somos, de alguna manera, responsables de los actos de los otros. Nadie puede meterse en la postura de Caín: “¿Soy yo, acaso, guardián de mi hermano? Si un miembro enferma, todos enfermamos. Luego vendrá el tino y el amor para hacerlo a solas, o con otro hermano, o en comunidad. Antes que murmurar, juzgar y condenar, la caridad nos inspirará el diálogo, la paciencia y la reconciliación.

Lunes 8 de septiembre de 2014. Fiesta de la Natividad de la Virgen María

- Miq 5,1-41
- Sal 12
- Mt 1,1-16.18-23

Hoy es el Día del nacimiento de la Virgen María. En el Evangelio de hoy, aparece María, la última de una lista de mujeres; algunas de ellas, procedentes del pecado y de la paganía, como Tamar, Rajab, Rut, Betsabé. Al final, como la luz sobre la tiniebla, María “de la cual nació Jesús”, la llena de gracia. En ella brilla el misterio de la encarnación en todo su realismo y, a la vez, la victoria de la Virgen sobre el mal. En esta genealogía caprichosa de San Mateo, podemos vernos alineados nosotros. Por una parte, nos sentimos hijos de esa mujer victoriosa, María. Por otra parte, los bautizados en Cristo, nacidos del agua y del Espíritu, por la fe, prologamos esa descendencia. En el seno de la criatura que hoy nace se formará “el hijo que es obra del Espíritu Santo... y salvará a su pueblo de sus pecados”. Nace la aurora que anuncia el sol de justicia, imagen que tanto gusta a los Padres. Nace la madre de nuestro Salvador. Por ella, Dios se hace Emmanuel, Dios vecino de los hombres, Dios con nosotros. Si todo nacimiento de un niño mueve al regocijo y la alegría, ¡cuánto más el nacimiento de la Virgen María, “vida, dulzura y esperanza nuestra”!

Martes 9 de septiembre de 2012

- 1 Cor 6,1-11
- Sal 149
- Lc 6,12-19

Sin papeles, sin documentos, qué bien organiza Jesús su vida y ministerio. Gráficamente podemos señalar el monte y el llano. El monte es lugar propicio para el encuentro, la intimidad, la apertura al misterio. En el monte, Jesús pasa la noche en oración, como garantía y fundamento de toda la actividad de la jornada. Cuando se hizo de día, entre los discípulos que le siguen, elige a los doce apóstoles. Le van a acompañar en su vida y misión. Son personas frágiles, uno será el traidor y le entregará a sus verdugos. Les irá formando con paciencia, pero le defraudarán muchas veces. Así es la comunidad de Jesús. Con sus apóstoles, baja a la llanura. Componemos la escena: Jesús en el centro; en torno, los apóstoles; viene el círculo de los discípulos, en los que nosotros vemos la Iglesia; cerrando el círculo, el conjunto de todas las gentes, hasta los extranjeros de Tiro y Sidón. Así, la vida de Jesús se despliega en tres momentos; tres momentos que son también para nosotros misioneros. Primero, la oración en el monte durante la noche. Estar con el Padre, estar con Jesús en un sentido personal, de encuentro amigable; saber que es él quien nos envía, lo que infunde humildad y confianza, a la vez. Luego, la comunidad: estar en grupo con Jesús y llevar su estilo de vida. Y comunicar la vida de Jesús a otros: predicar y sanar; ser sus testigos.

Miércoles 10 de septiembre de 2014

- 1 Cor 7,25-31
- Sal 44
- Lc 6,20-26

Las Bienaventuranzas son una revolución en la escala de valores. Frente al poder, las riquezas, el dominio, el prestigio, el placer, la violencia y cosas del estilo, Jesús pone en primera fila la pobreza, la paz y la mansedumbre por el Reino. Lo que era estimado maldición se torna fuente de felicidad. Pronto observamos las diferencias de Lucas frente al texto más conocido de Mateo. Lucas se queda en cuatro Bienaventuranzas; es más agresivo, Mateo más matizado; añade cuatro "ay", que son cuatro malaventuranzas hacia los satisfechos y engraidos. Mantiene el esquema tripartito: Primero una llamada la felicidad; todos aspiran y buscan la felicidad. Vienen, luego, los sujetos, que son los pobres, los que lloran, los que tienen hambre, los que son despreciados por causa de Jesús. Finalmente, viene la recompensa que no es pequeña: recibirán un gran premio en el cielo. Ante el texto "constitucional" de las Bienaventuranzas, podrían deslizarse, incluso inconscientemente, dos actitudes funestas. Ante todo, la rutina; por oírlas mil veces nos resultan ya sin color ni sabor. O, también, las dejamos en un ideal inalcanzable. Pero nosotros, misioneros, sabemos que las Bienaventuranzas son los frutos del Espíritu, es el vivir en Cristo. Ahí encontramos la razón de la felicidad.

Jueves 11 de septiembre de 2014

- 1 Cor 8, 1b-7. 11-13
- Sal 138
- Lc 6,27-38

Mientras se predique este evangelio en el mundo, estará vivo el mensaje de Jesús, aunque sus seguidores nademos en la mediocridad. El perdón y el amor al enemigo son la cumbre y el corazón del amor. Así es la revolución de Jesús: antes de cambiar estructuras o redimir minorías, "hiere" a sus seguidores, porque amar al enemigo es terrible. Luego, vendrá lo demás. Podíamos señalar en el texto estas partes: a) Exhortación solemne: amad, bendecid, orad; con un objeto difícil: a vuestros enemigos, a los que os maldicen. b) Unas imágenes expresivas: al que te pegue en una mejilla ofrécele la otra, al que te quite la capa déjale la túnica. c) Apunta la razón: lo contrario también lo hacen los pecadores. d) Ofrece las promesas de Dios: seréis hijos de Dios, que es bondadoso con los desgraciados y los malos. El perdón y amor al enemigo es la prueba de fuego del amor cristiano. Aquí todo es "por gracia", igual que por gracia lo hemos recibido de Dios. "Como yo os he amado". Estamos tocando fondo; como que estamos tocando el corazón de Dios. Sólo por gracia, se romperá la espiral de la violencia y nos acercaremos a la reconciliación. No hay que esperar a que el otro pida perdón para otorgar nuestro perdón.

Viernes 12 de septiembre de 2014

- 1 Cor 9, 16-19. 22b-27
- Sal 83
- Lc 6,39-42

Tres unidades aparecen en este texto evangélico. Las tres, sobre el fondo de la máxima de Jesús, expuesta en versículos inmediatamente anteriores: "No juzguéis, no condenéis". Son tres dichos populares con los que Jesús enriquece y explica la ley del amor al prójimo. Primero está el refrán: "¿Acaso un ciego puede guiar a otro ciego?". Dicen los expertos que aquí se reprueba el dominio de uno sobre el otro. Luego viene la sentencia: "El discípulo no es más que el maestro. Sólo cuando termina su aprendizaje llegará a ser como su maestro". Esta igualdad aleja el poderío de uno sobre otro. Finalmente, la imagen de la paja y el tronco. Es la expresión suprema de la condenación, del dominio y del juicio que hacemos sobre los demás. Jesús nos enseña a limpiar nuestros ojos para mirar con los ojos de Dios, que no condena, que no juzga, que mira siempre con benevolencia. Bienaventurados los limpios de corazón, a los que ni pajas ni troncos enturbian su mirada. Que nunca impongamos nada a nadie; que no queramos ser ni hacernos más que el hermano; que el amor de Cristo rompa la dialéctica de dominantes y dominados, de vencedores y vencidos; que pasemos de la actitud de ser fiscales a la actitud de la autocrítica, viendo primero nuestros defectos. Buena manera será mirarnos en el espejo de la Palabra.

Sábado 13 de septiembre de 2014. Memoria de san Juan Crisóstomo, obispo y doctor de la Iglesia

- 1 Cor 10,14-22
- Sal 115
- Lc 6,43-49

Son dos pequeñas unidades, dos imágenes muy expresivas, el árbol y la roca, que nos ayudan a discernir la calidad y autenticidad de nuestro seguimiento de Jesucristo. O, dicho negativamente, nos pueden auxiliar a desenmascarar falsas maneras y actitudes en nuestra relación con Dios. Miramos el árbol frutal. No importan las hojas, las flores, la altura, la esbeltez, la fronda. ¿Da frutos? ¿Da buenos frutos? Así nos examinamos como discípulos y enviados de Jesús. No basta la fronda de títulos, de saberes humanos, de rezos que dicen "Señor, Señor", de perfectas organizaciones, de palabras piadosas y sonoras y tantas cosas parecidas. Lo que determina si es fruto de verdad es si concuerda con el sermón de la llanura, si amamos a los demás, si damos los frutos del Espíritu que son la paz, la amabilidad, la mansedumbre; es decir, para nosotros, misioneros, las virtudes apostólicas. Lo contrario sería un culto formal y vacío, una fachada inconsistente. La segunda imagen, la de la roca, es continuación. El árbol se afianza en sus raíces, como la casa sobre el fundamento de la roca. Necesitamos huir de la superficialidad y adentrarnos en la profundidad de la conversión, renovar el centro de nuestra vida, nuestros deseos y sentimientos. Tenemos un modelo muy cercano, María, que escucha y guarda la palabra; ella edifica sobre roca.

DOMINGO 14 DE SEPTIEMBRE DE 2014. FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ

- Num 21,4b-9
- Sal 77
- Flp 2,6-11
- Jn 3,13-17

Nos quedamos mirando a la Cruz “en que estuvo clavada la salvación del mundo”. Y escuchamos a Jesús cómo va descubriendo su misterio a Nicodemo, alto dirigente judío, pero hombre de buena voluntad. Jesús, como la serpiente en el desierto, es levantado en la Cruz. Su crucifixión es exaltación, es signo de victoria; es la paradoja: este hombre humillado, desnudo, envilecido, colgado en el madero, es exaltado a la gloria. La Cruz es su camino de vuelta al cielo. Pero, a la vez, es la exaltación del amor. Dicen que en este breve texto está el verso más importante del cuarto evangelio: “Tanto amó Dios al mundo...”. Aparece el amor de Dios como la causa de la presencia de su Hijo en el mundo. Cristo en la Cruz es salvación para cuantos creen en él. En el mayor dolor brilla el mayor amor. Un hombre inocente carga con todos los pecados, y, dando muerte al pecado, es causa de reconciliación de los hombres con Dios. Un condenado que no condena sino que da vida eterna. La Cruz de Cristo es la mejor respuesta al sufrimiento del mundo. Sin caer en victimismos ni dolorismos, tomemos cada uno nuestra cruz, como nos pide Jesús. Si nos ponemos en camino para amar, sentiremos que junto al amor vendrá la cruz.

Lunes 15 de septiembre de 2014. Fiesta de Nuestra Señora de los Dolores

- Hb 5,7-9
- Sal 30
- Jn 19,25-27

Escuchamos y contemplamos la Palabra con María, junto a la Cruz del Calvario. Llamarla Virgen de los Dolores es proclamar su maternidad universal y su colaboración a la redención de Cristo. Aquí está la Madre del Crucificado. Asociada a los dolores y a la muerte del Redentor. La mujer obediente, esclava del Señor por la fe, está junto a su hijo que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. La que había estado alejada en los momentos de gloria de su hijo acude ahora, presurosa, en la hora del dolor y de la muerte. Como estuvo siempre en todos los momentos difíciles de la vida de su hijo: en la pobreza del nacimiento, en el destierro, en el despego de los doce años en Jerusalén o en la incompreensión de los dirigentes religiosos. En el Calvario, María escucha de su hijo unas palabras “casi sacramentales”: “He ahí a tu hijo”, “He ahí a tu madre”. María es madre de nuevo. En el discípulo amado hemos sido constituidos hijos de María. Sólo nos queda recibirla en nuestra casa, como el discípulo. La Iglesia es la casa de la Virgen. Como Jesús, nunca nos faltará María en los momentos difíciles. Es la madre querida de todos los crucificados. Acaso mirarla así nos haga más visible, más tangible algo que ya sabemos: que Dios está junto a los que sufren; el primero de todos.

Martes 16 de septiembre de 2014. Memoria de san Cornelio, papa, y de san Cipriano, obispo, mártires

- 1 Cor 12, 12-14. 27-31a
- Sal 99
- Lc 7,11-17

A una mujer viuda se le ha muerto su único hijo, y lo llevan a enterrar. Era el ejemplo más claro de la precariedad y desvalimiento. En aquel tiempo la seguridad de la mujer dependía de los hombres; quedaba totalmente indefensa. Tiene la fortuna de encontrarse con Jesús en el momento de mayor desamparo. Como siempre, se repiten los verbos: Jesús se acerca al dolor, contempla, se compadece y actúa con palabras y obras. “No llores”, le dice a la madre. “Levántate”, impera al muchacho; las mismas palabras que luego diría a la Magdalena y a Lázaro. Con temblor, apunta el evangelista que se lo entregó a su madre: qué regalo de Jesús tuvo aquella mujer. ¿Le diría, como en la cruz, “mujer, he ahí a tu hijo”? No es extraño que la multitud que formaba el cortejo prorrumpiera en alabanzas a Dios. Cuando Jesús se hace presente nace la confianza y la esperanza, incluso allí donde parece que todos los caminos se cierran por la pobreza, la enfermedad o la muerte. Ahora, al escuchar a Jesús “no llores”, entendemos la Bienaventuranza de los que lloran porque serán consolados. En Naín nos sigue diciendo Jesús que él es la vida y que ha venido para que todos tengan vida. No olvidemos que Dios está donde el hombre se compadece y da vida. Como Jesús.

Miércoles 17 de octubre de 2014

- 1 Cor 12, 31 - 13, 13
- Sal 32
- Lc 7,31-35

Quien tiene el corazón cerrado a la presencia y actuación de Dios, siempre, siempre, encontrará excusas para no escucharle. Jesús recurre a un ejemplo del mundo infantil. Un grupo de niños echa en cara a otro grupo con el que comparte el juego: ni con música alegre ni con música triste queréis jugar con nosotros. Así sucede con los hombres de Israel. Rechazan al asceta riguroso, austero, que vivía en la soledad del desierto, como Juan. Y rechazan igualmente al Maestro que espontáneamente alterna y come con la gente, y hasta se deja invitar por los fariseos. Siempre encuentran una pega. Al asceta le llamarán fanático; al que participa con la gente, comilón y amigo de pecadores. Jesús se lo recriminó de una manera dura: “Ni vosotros entráis ni dejáis a otros entrar en el Reino”. Cuando se endurece el alma y nos cerramos a las inspiraciones de Dios, a su gracia, qué poco valen ya las palabras, las razones, los mismos testimonios, aunque sean elocuentes en sí mismos. Buscamos pretextos y evasivas como mecanismos de defensa para rechazar a personas y propuestas. Hasta me puede ofender un bello testimonio cuando contrasta con mi mediocridad. Como los judíos, podemos etiquetar: es un burgués, es un comunista; y así desacreditamos. Abramos, pues, nuestro corazón, y seamos obsequiosos y colaboradores.

Jueves 18 de septiembre de 2014

- 1 Cor 5,1-11
- Sal 117
- Lc 7,36-50

Es la historia de la mujer pecadora. Historia de pecado, de amor, de perdón y salvación. No faltó la dureza de corazón. En la escena, frente a Jesús, dos personajes. Una mujer pecadora: sin nombre, descoloca a todos; no ha sido invitada, y se presenta. Seducida por la amabilidad de Jesús, ofrece al Maestro lo único que le queda: perfumes, lágrimas y besos; así expresa su amor. En contraste, Simón, el fariseo, quien tuvo el gesto de amistad de invitar a Jesús, juzga a la mujer y juzga al invitado. Se siente en posesión de la verdad, no duda, se ve autosuficiente, firme en sus juicios. Pero la mirada de Dios es distinta de la mirada de los hombres. Jesús toma la iniciativa. Diríamos que toma una actitud provocadora porque quiere transmitir un mensaje fundamental de amor y de perdón. Un mensaje “que va y que viene”: se le perdona mucho porque ha amado mucho y ama mucho porque se le ha perdonado mucho. Dios siempre está a punto para el perdón. O nos abrimos, como la pecadora, o nos cerramos, como el fariseo. Cabe preguntarnos, en dos direcciones: ¿Nos sentimos necesitados del perdón de Dios? ¿Miramos con el amor de Jesús a los pecadores? Para ello, lo mejor, sentir la experiencia de ese amor de Dios.

Viernes 19 de septiembre de 2014

- 1 Cor 15,12-20
- Sal 16
- Lc 8,1-3

En el Evangelio, es frecuente la presencia de la mujer. Recordamos a Ana la profetisa, a la viuda de Naín, a la hemorroísa, a la mujer del pueblo que lanza vivas al vientre de la madre de Jesús, a la samaritana, a la mujer adúltera, a la viuda del óbolo, a Marta y María, a las mujeres el Calvario y la Resurrección. Hoy el evangelio nos habla de muchas mujeres que ayudaban a Jesús con lo que tenían. No era fácil, entonces, la relación con las mujeres, siempre subordinadas al varón. “Prefiero echar la ley a las llamas que enseñársela a una mujer”, exclama un rabino extremista. Sin embargo, Jesús coloca a estas mujeres en la comunidad de los apóstoles. Con ellos, de alguna manera, se tornan misioneras; van caminando y predicando el Reino de Dios. Se cumple lo que luego predicará San Pablo: “Ya no hay distinción de judío ni griego... ni de hombre ni de mujer, ya que sois todos uno en Cristo”. Jesús nos ayuda a eliminar prejuicios sexistas y contemplar la igualdad y el valor de la mujer en la sociedad y en la comunidad cristiana. Con mirada limpia y agradecida, recordamos a tantas mujeres que han trabajado en la Iglesia. Mujeres laicas y religiosas, mujeres catequistas, madres, misioneras, educadoras, dedicadas a la salud, en puestos de alta responsabilidad, en las ciencias y en el arte... en todo. Tantas santas. Si aún nos quedan, rompamos barreras de la mente y del corazón.

Sábado 20 de septiembre de 2014. Santos Andrés Kim, Pablo Chong y compañeros, mártires

- 1 Cor 15, 35-37.
42-49
- Sal 55
- Lc 8,4-15

He aquí una parábola de gran belleza literaria y de profunda carga en su contenido. Es que su contenido es la misma Palabra de Dios. Dios nos habla, se nos revela, nos descubre su misterio de amor... lanza su semilla sobre la mente y el corazón de los hombres. Envío a su Hijo, Jesucristo, constituido en epifanía, palabra, Verbo, revelación para todos. Ahora toca al hombre responder. Dios no impone, sólo propone. Es el misterio de la libertad humana que nos lleva a aceptar o cerrarnos a la Palabra de Dios. Bueno es el sembrador y buena es la semilla, ahora hay que ver cómo responde el terreno sobre el que cae esta semilla. Según la explicación de la parábola, en el hombre pueden agazaparse algunos obstáculos: el maligno, la vida frívola y superficial, los afanes de la vida y las riquezas. Tantas cosas que van ahogando la Palabra, las inspiraciones del Espíritu. Pero Jesús acaba su discurso con la tierra buena, con las personas de corazón bueno. Es lo que Dios espera de nosotros, misioneros, servidores de la Palabra. Nos miramos en María, que escucha y guarda la Palabra. Hoy tenemos una gran preocupación por la Palabra, en un doble sentido. Primero, por conocerla en el estudio de la Biblia, en la Lectio Divina, etc. En segundo lugar, porque es escaso el fruto de la siembra. Como misioneros, somos cauce de esa Palabra; la escuchamos y la oramos, hasta que “nos arda” el corazón, como a los de Emaús.

DOMINGO 21 DE SEPTIEMBRE DE 2014. DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

- Is 55,6-9
- Sal 144
- Flp 1,20c-24.27a
- Mt 20,1-16

La tentación del privilegio, de gozar de ciertos derechos por encima de los demás está siempre al acecho. También entre nosotros. A los cristianos de origen judío de las primitivas comunidades no les cabía en la cabeza que los “otros” cristianos, llegados de la gentilidad, tuvieran en la Iglesia la misma condición e igualdad. Antes, los fariseos, como pueblo de Dios elegido, se creían los primeros delante de Dios, incluso con derecho a pasarle factura por sus observancias de la ley. Esta parábola pretende mostrar que en Dios nada es derecho contraído por el esfuerzo sino que todo es gratuidad. Dios invita a su viña hasta el último momento y algunos oyen la llamada a última hora. A la hora de la recompensa, con nadie es injusto, pero, actúa desde su bondad, con soberana liberalidad, con una lógica que no cabe en la comprensión humana. Se compadece de los últimos y, sin mirar sus merecimientos, les da en clara desproporción a su trabajo. Es que todo es puro regalo y don. El Reino de Dios y el trabajo en su viña nunca es un derecho del hombre sino simplemente gracia. Dios siempre da por encima de nuestros merecimientos. Da una recompensa igual para un trabajo desigual. La bondad de Dios no debe provocar “ver con mal ojo”, con envidia. Dejemos a Dios ser Dios.

Lunes 22 de septiembre de 2014

- Pro 3,27-34
- Sal 14
- Lc 8,16-18

Todo se entiende desde la imagen de la luz en estas tres pequeñas unidades. La luz se enciende y se coloca en alto para que ilumine; la luz penetra en el interior del hombre que éste comparte con los demás; finalmente, “el que tiene”, el que se abre al don de Dios, “se le dará más” y “al que no tiene”, al que se cierra a la gracia, “hasta lo poco que cree tener se le quitará”, quedará baldío. La luz es una metáfora que recorre toda la visión cristiana. Jesús nos dice: “Yo soy la luz, quien me sigue no anda en tinieblas”. La Iglesia, en el Concilio Vaticano II, comienza la Constitución sobre sí misma llamándose “Lumen Gentium”, Luz de la Gentes. Los cristianos somos los iluminados, somos la luz que ilumina con el testimonio de la palabra y de nuestras obras. En el Bautismo recibimos la luz de Cristo, sobre todo en la Vigilia Pascual, noche bautismal. Somos luz o, mejor, reflejamos la luz de Cristo. Y si es la luz de Cristo, es una luz tan potente que no puede permanecer oculta. Llevamos la luz de Cristo, de la Palabra, del Evangelio, de la semilla del Reino. Primero es luz en nosotros para, después, comunicarla, para iluminar. No podemos ocultar esta luz por miedo, por pereza, por cansancio, por falsa humildad. Vamos a escudriñar nuestros carismas y los de los hermanos para que salgan a la luz. Así seremos testigos de nuestro Señor. Necesitamos descubrir santos y profetas. Hay más de los que pensamos.

Martes 23 de septiembre de 2014. Memoria de san Pío de Pietrelcina, presbítero

- Pro 21, 1-6. 10-13
- Sal 118
- Lc 8,19-21

Para el pueblo judío la gloria de la mujer era su maternidad. Jesús no rebaja esa gloria, pero apunta a lo más perfecto: su madre y sus hermanos son los que escuchan y guardan su mensaje. Lo bueno es que todo esto se cumplía en María, su madre, que era la “tierra buena” de la parábola. Dos planos se distinguen en el ámbito de la maternidad: el del vientre y el de la escucha de la Palabra. Los dos se juntan en la Virgen María. Lo dice San Agustín: “Lo concibió antes en su corazón, por la fe, que en su seno”. Y la Virgen mantuvo esta fe en la Palabra, a pesar de la oscuridad y de las dificultades; cuando Simeón le anunció la espada que atravesaría su corazón o cuando se mantuvo en pie junto a la Cruz de su hijo agonizante. “María avanzó en la peregrinación de la fe” (Concilio Vaticano II). Una fe sometida a prueba. Por eso, la madre de Jesús fue su primera discípula, la primera creyente. Y era lógico: si María era la Madre del Verbo, de la Palabra, ¿quién mejor que ella podía escuchar la Palabra y llevarla a la práctica? Una consecuencia podemos deducir también para nuestra vida misionera. Si Jesús relativiza el título de “madre”, cuánto más podemos relativizar otros títulos y dignidades. El gran título es el ser hijos de Dios, haber sido llamados a colaborar en la construcción de su Reino.

Miércoles 24 de septiembre de 2014

- Pro 30,5-9
- Sal 118
- Lc 9,1-6

San Lucas nos dibuja un envío misionero de Jesús a sus discípulos. Los envía dándoles poder y autoridad para sanar y expulsar demonios; no necesitan otros títulos o poderes mundanos. Les inculca un estilo de vida apostólico, lleno de sencillez y pobreza evangélica: ni bastón, ni bolsa, ni pan, ni dinero, ni ropa de repuesto. No han de poner su confianza en los medios más poderosos sino en la fuerza del mensaje que van a comunicar. El objeto de su misión es doble o, mejor, es uno con dos vertientes: curar y anunciar; como hacía Jesús, como ha querido hacer siempre la Iglesia. Finalmente, Jesús no olvida un aviso: no siempre el mensaje y el mensajero serán bien acogidos. Habrá, entonces, que sacudir el polvo de los pies y ponerse en marcha hacia otro lugar. Jesús quiere compartir su vida misionera con otros, con nosotros. Este es nuestro timbre de gloria, participar con Jesús en su tarea de decir y hacer buenas cosas por los hombres, por humanizar este mundo, según el proyecto de Dios. Si confiamos en el que nos envía, él nos hará idóneos y nos propondrá los medios oportunos. Por nuestra parte, fieles al mandato del Maestro, llevaremos cuidado para sólo anunciar el Reino de Dios y no a nosotros mismos; para curar, sanar, transformar este mundo, con el amor que Dios le tiene; para quedar transformados, también, los enviados.

Jueves 25 de septiembre de 2014

- Ecl 1,2-11
- Sal 89
- Lc 9,7-9

“Queremos ver a Jesús”, le suplicaban aquellos griegos a Felipe. También Herodes Antipas, apunta hoy el evangelio, tenía ganas de ver a Jesús. Había mandado matar a Juan el Bautista. Más tarde, cuando recibe amenazas de él, Jesús le responderá con dureza llamándole “zorro”; y en los momentos de la pasión le negará la palabra porque Herodes “hacía bastante tiempo que deseaba conocerlo, ya que había oído hablar mucho de él y esperaba verle hacer algún milagro”. El rey se burla de él poniéndole un manto de púrpura. La actitud de Herodes aparece siempre entre el miedo y la frívola curiosidad. Tiene que velar por la seguridad, y le asustan diciendo que ha resucitado Juan a quien había ajusticiado. Llega Jesús, el nuevo profeta. Los dos mueven a las gentes. Por otra parte pretendía verle hacer un milagro. Cuántas veces, a lo largo de la historia y también ahora, aparecen imágenes, respuestas y actitudes ante Jesús, superficiales, frívolas, despistadas y hasta, más o menos, blasfemas. Recordamos La Última Tentación de Cristo, Jesucristo Superstar, Godspel, el Jesús guerrillero, el Jesús hippy, el “Jesus Revolution”, etc. Sólo desde la fe llegamos a ver al verdadero Jesús, el Hijo de Dios. Sólo adentrándose en el evangelio, escuchando sus palabras, contemplando sus obras, podemos confesar y seguir a Jesucristo.

Viernes 26 de septiembre de 2014

- Ecl 3,1-11
- Sal 143
- Lc 9,18-22

Y Jesús nos sigue preguntando: “¿Quién decís vosotros que soy yo?”. Miles de veces hemos recitado el credo. Es firme nuestra fe en Jesús. Él es el Mesías, el Ungido, el Cristo, el Maestro, aquel sobre el que Dios ha enviado su Espíritu para que lleve a cabo su misión. Al confesarlo como Mesías, superamos la visión mesiánica de ideales políticos de conquista. Para nosotros es el Mesías ya mirado en la perspectiva postpascual. Porque es también el Hijo del Hombre, fiel a su condición sufriente, que por la muerte llega a la resurrección. En él la historia alcanza la plenitud. Como misioneros y servidores de la Palabra, sabemos de la importancia de la visión y experiencia que tenemos de Jesús. Seguir a Jesucristo es, en su entraña, una relación personal con el Hijo del hombre que muere y con el Resucitado y Viviente que está presente en nosotros por el Espíritu. Un misionero es un místico. Antes de salir a la dispersión apostólica, Jesús nos pregunta: ¿Y tú quién dices que soy? Primero, será la experiencia de sentirnos llamados, queridos, enviados por Jesús. Luego, cuidaremos la imagen de Jesús que presentamos a los demás. Hemos de discernir con nobleza espiritual para no caer en tentaciones reduccionistas de hacer un Cristo a nuestra medida. Sólo predicar a Cristo crucificado y resucitado.

Sábado 27 de septiembre de 2014. Memoria de san Vicente de Paúl, presbítero

- Ecl 11, 9-12, 8
- Sal 89
- Lc 9,43b-45

Está acabando Jesús su misión en Galilea. Va a comenzar la subida a Jerusalén, al lugar de su muerte y resurrección. Algo muy importante quiere decir, en el inicio del camino. Comienza con palabras solemnes: “Oídllo bien, no lo olvidéis”. Y es ya el segundo anuncio de la pasión: “El Hijo del Hombre va a ser entregado”. A pesar de la admiración y el asombro de todos por sus milagros, Jesús pasa a hablar de su muerte. Pero a los discípulos les resultaba incomprendible. “No entendían y además tenían miedo de preguntar”. No les entraba en la cabeza, cuando sólo pensaban en un mesianismo político donde añoraban copar puestos de honor, a derecha e izquierda de Jesús. Este se quedaba solo frente a su destino de sufrimiento y de muerte. Aquí cobra toda su fuerza el título de Hijo del hombre. No tanto como juez, como el que tiene poder sobre el sábado y para perdonar los pecados. Es el Hijo del Hombre en su muerte y resurrección, que muestra su poder en la debilidad y el sufrimiento, escándalo y locura para muchos. Nosotros tenemos otra perspectiva que la de los discípulos de aquella hora. Es decir, sabemos que los mismos apóstoles que ahora no entienden y tienen miedo son los mismos que darán testimonio de Jesús en medio de las persecuciones e irán hasta la muerte por él. El Espíritu hace estas cosas. No temamos.

DOMINGO 28 DE SEPTIEMBRE DE 2014. DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

- Ez 18,25-28
- Sal 24
- Flp 2,1-11
- Mt 21,28-32

Ya ha entrado Jesús en Jerusalén. Son sus últimos días. Es grande la tensión entre los fariseos, los sacerdotes, los jefes del pueblo y el Maestro de Nazaret. Este quiere clarificar la actitud de Israel frente a él y su mensaje. Aquellos se creen observantes de la ley y justos; por ello rechazan la llamada a la conversión de Juan y de Jesús. Aquí se sitúa la parábola. Hay hijos “desobedientes” que, luego, se lo piensan y resulta que obedecen: son la gente tenida por maldita, que desconoce la ley, los paganos, los no judíos; estos escuchan la llamada a la conversión y responden. Y hay hijos “obedientes” que, luego, desobedecen: son los que dijeron sí a la ley de Moisés pero se niegan a aceptar la invitación a la penitencia para entrar en el Reino. De esta manera, el sí es desmentido por el no de la vida y el no inicial esconde un corazón abierto al sí. Nos fijamos en ejemplos del evangelio. El no inicial de Zaqueo, de la Samaritana, de la mujer pecadora; el sí mezquino del que dice Señor, Señor, pero no cumple la voluntad de Dios. Los profesionales de la religión no podían con su dureza de corazón; los paganos, como la mujer cananea o el oficial romano pudieron oír de labios de Jesús: “No he encontrado tanta fe en Israel”. Claro que Jesús no alaba el pecado, pero mira el corazón del hombre. El corazón bueno que les hizo convertirse y seguirle.” Un corazón contrito tú no lo desprecias, Señor”.

Lunes 29 de septiembre de 2014. Fiesta de los Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael

- Dn 7,9-10.13-14
- Sal 137
- Jun 1,47-51

Hoy se celebra la fiesta de los tres arcángeles. En las Constituciones se cita explícitamente a San Miguel; Gabriel y Rafael entran implícitamente como ángeles. A Miguel lo invocaba Claret al iniciar las misiones, bajo su tutela puso la Academia de San Miguel, la Librería Religiosa y la misma Congregación. Su presencia en el escudo de la Congregación y en los documentos oficiales es una invitación a batallar contra el mal desde el servicio misionero de la Palabra. El relato del evangelio es, a la vez, un relato de vocación y un descubrimiento de la persona de Jesús. Aunque no aparece en este texto, bueno será recordar los tres versículos anteriores del encuentro de Natanael con Felipe. De este parte el testimonio vocacional: “Hemos encontrado a Jesús”. Responde la objeción, como siempre: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?”. Y llega la invitación clara: “Ven y verás”. Aquí se produce el encuentro con Jesús -que hace el elogio del nuevo discípulo- con Natanael que pronuncia la confesión de fe en el Maestro de Nazaret. Aparecen todos los títulos mesiánicos: Jesús, Hijo de Dios, Rey de Israel, Hijo del hombre. Claro que sólo a la luz pascual podían descubrirlos los discípulos; pero el evangelista los coloca ya en el pórtico del Evangelio. Con S. Miguel, mediador, renovamos nuestra llamada misionera por parte de Jesús, nuestro Maestro, Salvador, amigo.

Martes 30 de septiembre de 2014. Memoria de san Jerónimo, presbítero y doctor de la Iglesia

- Job 3, 1-3. 11-17. 20-23
- Sal 87
- Lc 9,51-56

Cambio de rumbo en la vida de Jesús. Deja Galilea y toma la decisión de ir a Jerusalén. Es el camino que, a través de la muerte, le lleva al Padre, al cielo. Jesús es ya “un ser para la muerte”. Nada más comenzar, atravesando Samaría, encuentran la dificultad, el rechazo de quienes no quieren recibirlos. Ante esta contrariedad, las reacciones son bien diferentes. Los Zebedeos pretenden hacer bajar fuego del cielo sobre los samaritanos; quieren utilizar el poder de Dios para vengarse de sus enemigos. La actitud de Jesús es muy distinta. Hace honor a lo que dijo en Galilea: “Dios también es bondadoso con los desagradecidos y los malos”. Hace salir el sol sobre buenos y malos. Es cierto que el Fundador escribió: “el Señor quiere que yo y mis compañeros imitemos a los apóstoles Santiago y Juan”, pero especificó: “en el celo, en la castidad y en el amor a Jesús y a María”. Como Jesús, un misionero se pone en camino hacia Jerusalén, hacia el misterio de la Muerte y Resurrección, para vivirlo y anunciarlo. Y siempre, con el estilo evangélico, sin intolerancias, sin ánimo vengador o justiciero. Hay que aceptar el fracaso, asumir el sufrimiento, como describe la Definición del Misionero. Más que destruir lo malo hay que tratar de transformarlo en bueno por la cruz, por el amor. No condenar sino salvar. Nuestro fuego es aquel por el que el misionero arde en caridad y abrasa por donde pasa.

5. Textos para profundizar

Anexo 1: EL “nosotros congregacional” (Aquilino Bocos, CMF)

33. El P. Claret, viendo la falta que había de predicadores evangélicos y apostólicos, determinó reunirse con algunos compañeros celosos para poder hacer con ellos lo que solo no podía. Más tarde dirá que esta comunidad apostólica, a la que llama Congregación de Misioneros, ha sido inspirada por Dios y por María. Congregación: he aquí una palabra que solemos usar en su sentido histórico y jurídico, sinónimo de instituto, pero que está cargada de un profundo significado teológico. Se resalta el carácter societario y queda como sinónimo de institución o de estructura organizativa. Sin embargo, su fuerza carismática explica todo el dinamismo comunitario que conlleva. El “nosotros” institucional es el soporte de un “nosotros” evangélico y eclesial. Nuestras Constituciones están escritas en primera persona del plural: Nosotros. No es un género literario. Este pronombre implica un número de personas (Presbíteros, Diáconos, Hermanos y Estudiantes), que han recibido la misma vocación para compartir el estilo de la vida de Jesús y predicar su Evangelio a toda criatura yendo por el mundo entero.

Un carisma que ha de ser vivido en congregación

34. Nos llamamos y somos congregación. La auténtica “congregación” es el acontecimiento de convocatoria, reunión y asamblea del Pueblo de Dios, que es la Iglesia. Por eso, al llamarnos “congregación”, nos estamos entendiendo ad instar Ecclesiae. Somos una modesta, pero real comunidad en y de la Iglesia. Somos una congregación dentro de la gran Congregación del Pueblo de Dios. Por vocación, hemos de hacer patente ese ser congregacional al que estamos llamados. Somos un “nosotros” profético y carismático en medio del mundo dividido, e incluso en medio de una iglesia dividida en confesiones cristianas y a la que le resulta difícil ser auténtica congregación en el Señor. Sólo en la comunión de todos nosotros manifiesta nuestro carisma claretiano todo su esplendor y todas sus posibilidades. Es un carisma sinfónico que no puede expresar sus virtualidades en una actuación individualista. Es un carisma orgánico que no puede actuarse sin poner en acción todo el cuerpo.

35. Los carismas de los institutos de vida consagrada son dones del Espíritu, especialmente importantes para la generación de la Iglesia y la realización de la misión cristiana. Sólo se legitiman y reafirman en la medida en que entran en sintonía con las otras vocaciones eclesiales para hacer crecer el Cuerpo de Cristo. Ninguno tiene el monopolio de la santidad y misión del Pueblo de Dios. Todos son instrumentos del Espíritu para testimoniar los valores del Evangelio, para reunir a los que se hallan dispersos y superar las divisiones y enfrentamientos generados por el pecado en la familia de los hijos e hijas de Dios. Es ahí donde quedamos situados como Congregación que colabora en todo y con todos en la construcción del Reino.

36. El Espíritu es el agente principal del “nosotros” congregacional. Él nos eligió para tener un solo corazón, una sola alma, para compartir los bienes y ser comunidad, contando, incluso, con las diferencias. La hondura del “nosotros” congregacional y el amor fraterno nos constituyen en un auténtico cuerpo corresponsable y abierto. Nos hacen ver con simpatía y empatía la Congregación del pasado, amar la Congregación del presente preocupándonos y responsabilizándonos por ella, y desear que la Congregación del futuro sea esplendorosa y responda con más fuerza a la exigencia de su carisma misionero universal. Como miembros de un mismo cuerpo, todos participamos de la misma vida, de la misma misión. De forma que la comunión real hace que todos participemos en todo: en la gracia y en el pecado. Cada uno de nosotros es misionero de frontera en nuestros misioneros de frontera, es santo en nuestros santos, es miembro paciente del cuerpo de Cristo en nuestros hermanos sufrientes, es orante en nuestros hermanos orantes, es irradiación de Evangelio en nuestros hermanos evangelizadores. La conciencia de la mutua pertenencia y corresponsabilidad le da un rostro concreto e intenso a la fraternidad cristiana que ha de caracterizar a toda la Iglesia.

37. Forma parte del “nosotros congregacional” la Congregación que ya ha sido, aquellos cuyos nombres conmemoramos cada día en nuestro Necrologio. La *communio sanctorum Congregationis* no es simplemente un dato objetivo. Es una gracia que hay que cultivar subjetivamente. La memoria de nuestros antepasados en el carisma nos llena de energía para realizar sus sueños incumplidos, para ser creativos. Es

solidaridad hacia atrás que fortifica la comunión presente y la vigoriza para el futuro. Claro que esto nos cuestiona sobre el aprecio que tenemos de nuestros hermanos santos, que no son pocos.

38. El “nosotros” congregacional porque es fecundo, está llamado a superar los “nosotros” parciales, actuales. La fecundidad del “nosotros” carismático presente es una de nuestras mayores responsabilidades. El “nosotros” que debemos alumbrar existirá después de que desaparezcamos. Tenemos que establecer puentes con él, de modo que la continuidad carismática quede asegurada. Podríamos, sin embargo, colaborar en la muerte del “nosotros” congregacional bloqueando todos los caminos hacia el futuro, reclusándonos egoísticamente en el presente actual, impidiendo la apertura a muchos dones y la acogida de la novedad.

39. El “nosotros” congregacional está plasmado operativamente en nuestro proyecto de vida misionera, las Constituciones. Estas están cargadas de expresiones en favor de la comunión, la coordinación, la colaboración, el trabajo en equipo. Los votos religiosos entre nosotros sólo son vividos en plenitud en comunidad. Los signos externos o los símbolos (oraciones, cantos, imágenes, estatuas, inscripciones, etc.) nos ayudan a recordar los vínculos de familia.

40. El “nosotros” carismático desborda espiritualmente los límites canónicos. Tiene mayor extensión. Son muchas las personas, hombres y mujeres, con quienes conjugamos de hecho el “nosotros” carismático: la Familia Claretiana en primer lugar, seglares, ministros ordenados o religiosos con quienes somos o debemos ser sujetos de la misión o de la vida espiritual. Se nos abren horizontes insospechados cuando tomamos en serio este “nosotros” carismático, para el cual tenemos en nuestro P. Fundador el ejemplo más creativo.

Anexo 2: Una mujer rodeada de “extracomunitarios” (Gonzalo Fernández Sanz, CMF)

Al comienzo de este Cuaderno 7 se hace referencia al mural que hay en la capilla de la Curia General de Roma. Con el correr de los años, se ha convertido en un icono congregacional. Voy a empezar con lo que no me gusta —que es poco— para rematar esta reflexión con lo que me gusta —que es casi todo—. Empiezo por las reproducciones que circulan por ahí: fotos, estampas, etc. Creo que no hacen justicia a la realidad. Es imposible representar en una superficie plana un mural pintado sobre una superficie cóncava. Se pierde profundidad, volumen, proporción... y misterio. Por eso, siempre que comparo las fotos con el original experimento una ligera tristeza: ¡No, no es esto!

Luego viene la frustración de los colores. Los casi veinte metros cuadrados del mural son una sinfonía de rojos, azules, naranjas y verdes, con variedad de tonos e intensidades. En las reproducciones todo queda un poco marchito, aplanado, como si la tinta sobre el papel no pudiera reproducir la fuerza que tiene el óleo sobre el yeso. Y, de nuevo, una ligera tristeza: ¡No, no es esto!

Finalmente, está el asunto de la iluminación. Hay tantos muros como horas del día. No es lo mismo contemplarlo al amanecer o al atardecer —solo iluminado por un foco que resalta el centro y deja en penumbra la periferia— que admirarlo cuando entra la luz del mediodía por los dos tragaluces ojivales que flanquean el mural a la altura del Espíritu Santo. La mayoría de las fotos recrean una iluminación artificial, a base del uso del *flash* y posteriores tratamientos digitales. Se acentúa la ligera tristeza: ¡No, no es esto!

Pero, dejémonos de lamentaciones y acudamos directamente al original para disfrutar de todo lo demás. Resulta evidente que el centro del mural lo constituye la figura de María y, más concretamente, su corazón, circundado por un halo de luz blanquiázul, como un pequeño lago de ternura. Pero lo que siempre me ha impresionado es el grupo apostólico que la rodea. Hay seis hombres a cada uno de los lados. Sus rostros son semejantes, pero sus manos expresan actitudes diversas. Cualquier espectador reconoce en ellos a los apóstoles, reunidos con María en el cenáculo. Cualquier espectador no. Al verlos con sus rostros bronceados, un anciano claretiano esloveno exclamó hace algunos años: ¡Vaya apóstoles más raros, parecen “extracomunitarios”! (Conviene advertir que el término “extracomunitario” es el que se aplica en Italia a los ciudadanos que no pertenecen a la Unión Europea, sobre todo a asiáticos y africanos).

El anciano hermano, en su espontaneidad, no exenta de una suave xenofobia, puso de relieve algo subversivo. Los apóstoles que acompañan a María no son de “los nuestros”. El color de su piel y los rasgos de su rostro denotan un origen no europeo: vienen de lejos. A diferencia de los apóstoles clásicos, pintados por Giotto, Miguel Ángel o Leonardo de Vinci, estos apóstoles “extracomunitarios” no tienen rostros de belleza griega ni parecen jóvenes florentinos o romanos. Entonces, no puedo por menos de evocar las palabras de Jesús: “Vendrán de Oriente y de Occidente y os arrebatarán el Reino”. Los apóstoles del mural denuncian la fácil simbiosis que hemos hecho entre cultura y evangelio. Nos parece evangélico lo nuestro y tendemos a sospechar que “los otros” (americanos, africanos y asiáticos) todavía no han llegado a la profundidad y calidad que hemos alcanzado nosotros después de tantos siglos de cristianismo europeo. Pero esta es una verdad frágil porque el gran drama de Europa es precisamente el fuerte divorcio entre la tradición cristiana y la cultura emergente. Necesitamos que alguien de fuera nos lo eche en cara y nos ayude a curar nuestra autosuficiencia. Lo que se dice de la Iglesia en general se puede aplicar a nuestra Congregación en particular. Hoy, el rostro de la Congregación ya no es euroamericano, como en sus primeros 100 años, sino global: multirracial, multicultural y multilingüístico.

Si nos ajustamos a las proporciones, la figura más grande es la paloma esquemática, blanca y amarilla, sobre fondo verde y azul. Representa al Espíritu Santo. En una escala realista, la paloma no debería ser más grande que la cabeza o las manos de cualquier apóstol. Sin embargo, es varias veces superior: sobrevuela majestuosa toda la escena y la ilumina con cuatro rayos triangulares, rojos en los bordes y anaranjados en su interior. Este vértice del mural expresa un claro mensaje. María es Madre de Dios por la fuerza del Espíritu: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc 1,35).

Los apóstoles se convierten en iglesia por la fuerza del Espíritu: “Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu los impulsaba a hablar” (Hch 2,4). El Espíritu Santo, a quien confesamos como “Señor y

Dador de vida” es quien dinamiza la vida de la Iglesia. Sin él, nada es posible. La vida cristiana se reduciría a mero cumplimiento y la misión a propaganda. En el mural, la figura de la paloma, extraordinariamente agrandada, es la fuente de la luz que, reflejándose en el Corazón de María, ilumina toda la pintura.

Dejo la figura de María para el final. ¿Puedo decir lo que más me gusta? Es sencillo: ¡su pose de caminante! Aunque la escena evoca, más bien, la experiencia de Pentecostés, me acuerdo ahora de las palabras del evangelio de Lucas cuando narra la visita de María a su prima Isabel: “Se puso en camino con presteza” (cf. Lc 2,19). Los apóstoles que la circundan están en actitud orante y contemplativa. María, sin embargo, está en camino, con los pies desnudos. Parece, casi, que quisiera escaparse del mural y salir al encuentro de los espectadores, como la protagonista de la película “La rosa púrpura de El Cairo”, de Woody Allen. Esta actitud extrovertida es la que conecta el mural con nuestra realidad. María se acerca a nosotros, nos invita a dejarnos caldear e iluminar por el Espíritu, a formar parte del grupo apostólico, a ser Congregación, y a ponernos en camino para responder a los requerimientos expresados por las seis manos —dos de ellas llagadas— que se abren desde la izquierda y la derecha del mural en actitud suplicante.

Las manos son otra historia. Aparecen con un protagonismo inusitado. No sabemos a quién corresponden. Por su tamaño en relación con el resto de los personajes del cuadro, deberían de ser manos de tipos gigantes, cuyos cuerpos y rostros no cabrían en el espacio del ábside. Y, en efecto, gigantes son las necesidades que representan. En esas manos terrosas, enormes, adivinamos todos los problemas que afligen hoy a la humanidad, especialmente a las personas que no poseen rostro ni voz y que solo tienen manos para suplicar.

En el centro del mural, como naciendo de un útero inmenso, está la figura esbelta, también ligeramente “extracomunitaria”, de María. Viste túnica blanca y manto azul. Es una figura plenamente humana. Solo el corazón es rojo, porque en él habita la presencia de Dios. El Corazón de María es la “tienda del encuentro” con la divinidad, el lugar en el que Dios y el hombre se han abrazado definitivamente. Es también un corazón desproporcionadamente grande, capaz de bombear el amor que necesitamos para no desfallecer en la misión. Me vienen a la mente las palabras de Claret: “Oh, Corazón de María, fragua e instrumento del amor, enciéndeme en el amor a Dios y al prójimo”.

Mientras la mano derecha parece marcar el ritmo del paso, la izquierda actúa como peana o trono del corazón. Una mano es activa, profética. La otra es contemplativa, escuchadora. Ambas sintetizan todo un itinerario de vida cristiana. O, por lo menos, así lo veo desde mi banco de madera. El mural sigue hablando. Basta que se lo contemple con admiración y paciencia. Pero otros ojos y oídos percibirán nuevos mensajes y los consignarán por escrito.



“La misión de la Congregación la llevamos a cabo los claretianos. Su dinamismo dependerá, pues, en gran parte del dinamismo de la vida misionera de cada uno de nosotros. Sin una profunda espiritualidad, nuestro trabajo apostólico no será capaz de comunicar el Evangelio. El Capítulo General nos señaló como prioridad la necesidad de reforzar la dimensión teológica y mística de nuestra vocación misionera” (Josep M. Abella, *Misioneros*)

spiritus domini

La fragua en la vida cotidiana

www.lafraguacmf.org
misioneros claretianos